

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV

San José, Costa Rica

1932

Sábado 12 de Marzo

Núm. 9

Año XIII. No. 577

SUMARIO

In Memoriam (Recuerdos) (1).....	Andrés Gide	El sable peruano opuesto al libro.....	Juan del Camino
A propósito de <i>Tú, la imposible</i>	Varios	¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en	} R. Blanco Fombona, Carlos Reyles, Alberto Ghirardo, Manuel Ugarte, etc.
Algunos fragmentos de <i>Tú, la imposible</i>	José Marín Cañas	Hispanoamérica desde su independencia hasta	
Testimonios.....		nuestros días?.....	
En la Fiesta de la Cultura Hispánica.....	Enrique González Martínez	Sobre la "crueldad" latinoamericana.....	Haya de la Torre
Balada de la Cárcel de Reading.....	Oscar Wilde		

Hace un año, por este tiempo (1), en Biskra supe por los diarios el deplorable fin de Oscar Wilde. ¡Ay! la distancia no me permitió agregarme al exiguo cortejo que acompañó sus restos hasta el cementerio de Bagneux; en vano me desconsolaba con la idea de que mi ausencia aparentara disminuir aún el número tan escaso de amigos que le permanecieron fieles;—al menos quise escribir luego estas páginas; mas por mucho tiempo los diarios se apoderaron, otra vez, del nombre de Wilde... Ahora que se han calmado todos los indiscretos rumores en torno de este nombre tan tristemente famoso, que el vulgo al fin se ha cansado, tras el elogio, de asombrarse, de maldecir después, quizá un amigo pueda expresar una tristeza perdurable, presentar, como una corona en una tumba abandonada, estas páginas de afecto, de admiración y de respetuosa piedad.

Cuando el escandaloso proceso, que apasionó a la opinión inglesa, amenazó hacer trizas su vida, algunos literatos y artistas probaron una especie de salvamento en nombre de la literatura y del arte. Se creyó que haciendo el elogio del escritor se perdonaría al hombre. ¡Pero ay! se sentó una equivocación; pues, hay que reconocerlo: Wilde no es un gran escritor. La boya de plomo que se le echó no hizo más que acabarlo de perder; lejos de sostenerlo, sus obras parecieron hundirse con él. En vano algunas manos se extendieron. La ola del mundo se volvió a cerrar; todo concluyó.

Entonces era imposible pensar en defenderlo de otra suerte. En vez de tratar de ocultar al hombre detrás de su obra, era necesario presentar al hombre desde luego admirable, como trataré de hacerlo ahora—después la obra misma, que con ello se aclara.—“Todo mi genio lo he puesto en mi vida; en mis obras no he puesto más que mi talento”, decía Wilde.—Gran escritor no, mas gran vividor, si se concede que la palabra adquiera su sentido pleno. Semejante a los filósofos griegos, Wilde no escribía sino conversaba y vivía su sabiduría, confiándola imprudentemente a la memoria fluída de los hombres, y como si la inscribiera en el agua. Que cuenten su biografía quienes le hayan conocido más tiempo; uno de los que con más avidez le escucharon aquí re-

(1) Escrito en diciembre de 1901.

In Memoriam (Recuerdos)

Traducc. de j. g. m.



fiere sencillamente algunos recuerdos personales.

I

Quienes tan sólo se acercaron a Wilde en los últimos años de su vida, conciben mal al ser extraordinario que en un principio fué, si consideran al sin fuerzas y deshecho que la cárcel nos devolvió.

En 1891 lo hallé por primera vez. Wilde poseía entonces lo que Thackeray llama “el principal don de los grandes hombres”: el éxito. Su gesto, su mirada triunfaban. El éxito suyo era tan seguro que parecía precederle y que Wilde no hiciera más que avanzar. Sus libros sorprendían, encantaban. Sus piezas ponían en movimiento a Londres. Era rico; era grande; era hermoso; harto de ventura y de honores. Algu-

nos lo comparaban con un Baco Asiático; otros con algún emperador romano; otros con el mismo Apolo—y lo cierto es que era radiante.

Tan pronto como llegó a París, anduvo su nombre de boca en boca; de él se referían algunas anécdotas absurdas: Wilde era entonces simplemente el que fumaba cigarrillos en boquilla de oro y el que se paseaba por las calles con un girasol en la mano. Pues, hábil en ganarse a los que hacen la gloria mundana, Wilde había sabido inventarse, por delante del personaje propio, un entretenido fantasma, del que se divertía con gracia.

Oí hablar de él en casa de Mallarmé: lo pintaban como un brillante conversador, y yo anhelaba conocerlo, sin la esperanza de que esto ocurriera. Una venturosa casualidad, o más bien un amigo a quien le había comunicado mi deseo, me sirvió. Invitóse a Wilde a comer en un restorán. Eramos cuatro, pero Wilde fué el único que habló.

Wilde no conversaba: contaba. Durante casi toda la comida, no cesó de contar. Contaba con dulzura y lentitud; su voz misma era maravillosa. Sabía el francés admirablemente, mas aparentaba buscar un poco las palabras que quería que le escucharan mejor. Casi no tenía acento, o al menos tan sólo el que le placía conservar, y que podía dar a las palabras un aspecto a veces nuevo y extraño. Adrede pronunciaba *eskepticismo* por *escepticismo* (*scepticisme*: *skepticisme*...). Los cuentos que esa tarde nos narró interminablemente, eran confusos y no de los mejores de los suyos; Wilde, inseguro de nosotros, quería probarnos. De su sabiduría o bien de su locura, jamás entregaba sino lo que creía que pudiera gustar al oyente; servía su manjar de conformidad con el apetito de cada cual; los que nada esperaban de él no obtenían nada o apenas algo de espuma ligera; y como desde luego se ocupaba en agrandar, muchos de los que creyeron conocerle habrán conocido en él solamente al entretenedor.

Así que terminó la comida, salimos. Como mis dos amigos caminaron juntos, Wilde me llamó aparte.

—“Ud. escucha con los ojos, me dijo de pronto; por eso le voy a contar este cuento:

“Cuando murió Narciso, las flores campestres se desolaron y pidieron al

río gotas de agua para llorarlo.—¡Oh! repuso el río, cuando todas mis gotas de agua se conviertan en lágrimas, no tendré suficientes para llorar yo mismo a Narciso: yo lo quería.—¡Oh! repusieron las flores campestres, ¿cómo no habías de querer a Narciso? Era bello.—¿Era bello? dijo el río.—¿Y quién podría saberlo mejor que tú? Diariamente inclinado en tus orillas, contemplaba en tus aguas su belleza...”

Wilde detúvose un instante...

—“Si lo quería, repuso el río, es porque veía el reflejo de mis aguas en sus ojos, cuando él en ellas se inclinaba”.

Luego Wilde, carcajeándose, añadió:

—“Eso se llama **El Discípulo**”.

Habíamos llegado a la puerta de su casa y lo dejamos. Me invitó para que volviera a verlo. Ese año y el siguiente lo ví a menudo y por doquiera.

He dicho que delante de los otros Wilde presentaba una máscara de ostentación, a propósito para sorprender, divertir o exasperar a veces. Jamás escuchaba y poco se cuidaba del pensamiento ajeno. Tan pronto como dejaba de brillar él solo, se esfumaba. Volvía a hallarse cuando uno se hallaba a solas con él.

Pero así que estábamos solos, comenzaba:

—“¿Qué ha hecho desde ayer?”

Y como entonces mi vida transcurría sin tropiezos, el relato que de ella podía hacer no ofrecía ningún interés. Repetía dócilmente sucesos menudos, y en tanto que yo hablaba, miraba oscurecerse la frente de Wilde.

—¿Y es cierto eso que ha hecho?

—Sí, respondía.

—¡Y es cierto lo que Ud. dice!”

—Sí, muy cierto.

—¿Y entonces para qué repetirlo? Ud. bien comprende: eso no interesa en absoluto. Entienda que hay dos mundos: el que **existe**, sin que de él se hable; se le llama **el mundo real**, porque no hay necesidad de hablar de él para verlo. Y el otro, es el mundo del arte; del que es necesario hablar, porque sin ello no existiría.

“Había una vez un hombre, querido en su aldea porque contaba cuentos. Por las mañanas salía de la aldea, y a la tarde, de regreso, todos los aldeanos, después de haber trabajado el día entero, se agrupaban en torno suyo y decían: ¡Vamos! cuenta: ¿Qué es lo que hoy has visto?—El contaba: En el bosque vi un fauno que tocaba la flauta, y hacía danzar a una ronda de silvanos chicos.— Cuenta más: ¿qué has visto? decían los hombres.—Cuando llegué a la orilla del mar, vi tres sirenas, junto a las olas, y se peinaban los cabellos verdes con peines de oro.—Y las sirenas lo querían porque les contaba cuentos.

“Una mañana, como todas las mañanas, se alejó de su aldea—pero cuando llegó a la orilla del mar, divisó en eso tres sirenas, tres sirenas junto a las olas, y que se peinaban los cabellos verdes con peines de oro. Y como él siguiera en su paseo, al llegar al bosque, vió un fauno que tocaba la flauta a una ronda de silvanos... Esa tarde, cuando volvió a su aldea y le preguntaron como otras tardes: ¡Vamos! cuenta: ¿Qué has

visto? él repuso:—No he visto nada”.

Wilde se detenía un momento, dejaba que el relato produjera en mí sus efectos, y proseguía luego:

—“No me gustan sus labios; son rectos como los del que nunca ha mentido. Quiero enseñarlo a mentir, para que sus labios se hagan bonitos y sinuosos como los de una máscara antigua.

“¿Sabe Ud. lo que constituye la obra de arte y lo que constituye la obra de la naturaleza? ¿Sabe Ud. lo que las diferencia? Pues al fin la flor del narciso es tan bella como una obra de arte y lo que las distingue no puede ser la belleza. ¿Sabe Ud. lo que las diferencia? —la obra de arte siempre es **única**. La naturaleza que no hace nada durable, siempre se repite, con el objeto de que nada se pierda de lo que ella hace. Hay muchas flores de narciso; por eso viven un día tan sólo. Siempre que la naturaleza inventa una nueva forma la repite en seguida. Un monstruo marino en un mar sabe que en otro mar hay un monstruo marino, su semejante. Cuando Dios crea un Nerón, un Borgia o un Napoleón en la historia, pone a la par otro de ellos; poco importa que se le ignore; lo importante es que **uno** tenga éxito; pues Dios inventa al hombre, y éste inventa la obra de arte.

“Sí, yo sé... cierto día ocurrió en la tierra un gran malestar, como si la naturaleza por fin fuera a crear algo, algo verdaderamente único—y el Cristo nació en la tierra. Sí, yo bien sé... pero escuche:

“Cuando José de Arimatea, al anocheecer, bajó del monte Calvario en donde acababa de expirar Jesús, vió sentado en una piedra blanca a un joven que lloraba. Y José se le acercó y le dijo:— Comprendo que tu pena sea grande, pues ciertamente aquel hombre era un justo.—Pero el joven le respondió:— ¡Oh! ¡yo no lloro por eso! ¡Lloro porque también yo he hecho milagros! También yo he devuelto la vista a los ciegos, he curado a los paralíticos y he resucitado a los muertos. Yo también he secado la higuera estéril y he trocado el agua en vino... Y los hombres no me han crucificado”.

Y que Oscar Wilde estaba persuadido de su misión representativa, es algo que en más de una ocasión me lo pareció.

El Evangelio inquietaba y atormentaba al pagano Wilde. No le perdonaba sus milagros. El milagro pagano, es la obra de arte: el Cristianismo se arrogaba ese derecho. Todo robusto irrealismo artístico, exige un realismo convencido en la vida.

Los más ingeniosos de sus apólogos, sus más inquietantes ironías eran para confrontar las dos morales, quiero decir el naturalismo pagano y el idealismo cristiano, y despojar a éste de todo sentido.

—“Cuando Jesús quiso volver a Nazaret, contaba, Nazaret había cambiado tanto que ya no la reconoció. El Nazaret en que había vivido, estaba lleno de lamentos y lágrimas; ahora era una ciudad llena de carcajadas y de cantos. Y el Cristo, al entrar en ella, vió esclavos cargados de flores que se dirigían presurosos hacia la escalera de mármol de

una casa de mármol blanco. El Cristo entró en la casa, y en el fondo de una sala de jaspe, acostado en un lecho de púrpura, vió a un hombre cuyos cabellos sueltos se confundían con las rosas rojas y cuyos labios estaban enrojecidos por el vino. Se le acercó el Cristo, le tocó la espalda y le dijo: ¿Por qué llevas esa vida?—El hombre se volvió, lo reconoció y repuso:—Era leproso; tú me has curado. ¿Por qué había de hacer otra vida?

“El Cristo salió de esta casa. Y en eso vió en la calle, a una mujer con la cara y los vestidos pintados, y los pies calzados de perlas; en pos de ella, caminaba un hombre con un traje de dos colores y de miradas lascivas. Acercóse el Cristo, le tocó la espalda y le dijo:— ¿Por qué sigues a esa mujer y la miras así?—El hombre se volvió y reconociéndolo, le respondió:—Era ciego; tú me has curado. ¿Qué otra cosa podía yo hacer de mi vista?

“Y el Cristo acercóse a la mujer:— Ese camino que sigues, le dijo, es el del pecado; ¿por qué lo sigues? Lo reconoció la mujer y le dijo riéndose:— El camino que sigo es agradable y tú me has perdonado todos mis pecados.

“Entonces el Cristo se puso muy triste y quiso dejar la ciudad. Y al salir de ella, vió por fin, junto a los fosos, a un joven que lloraba. El Cristo acercósele y tocándole los bucles de la cabellera, le dijo:— Amigo mío, ¿por qué lloras?”

“El joven alzó los ojos, lo reconoció y repuso:—Había muerto y tú me has resucitado; ¿qué otra cosa podía hacer de mi vida?”

—“¿Quiere que le diga un secreto? comenzaba Wilde, otro día—en casa de Heredia; me llamó aparte en medio del salón atestado de concurrencia—un secreto... pero prométame que no se lo dirá a nadie... ¿Sabe Ud. por qué el Cristo no quiso a su madre?—Esto me lo dijo al oído, en voz baja y como avergonzado. Se detuvo, me asió del brazo, retrocedió, y carcajeándose luego, repentinamente:

—¡¡Porque era virgen!!...”

Permítaseme todavía citar este cuento, uno de los más extraños con que se pudiera tropezar el espíritu—y comprendase lo que puede la contradicción que Wilde apenas parece inventar:

“...Hubo luego un silencio muy grande en la Corte de la Justicia de Dios.— Y el alma del pecador enteramente desnuda se adelantó hasta Dios.

Y Dios abrió el libro de la vida del pecador:

—Ciertamente tu vida ha sido muy mala: Tu has... (y seguía una prodigiosa, maravillosa lista de pecados) (1) — Como todo esto has hecho, de veras te voy a mandar al Infierno.

—No me puedes mandar al Infierno.

—¿Y por qué no puedo mandarte al Infierno?

—Porque en él he vivido toda mi vida.

Hubo entonces mucho silencio en la Corte de la Justicia de Dios.

(1) Por lo extraordinaria, es excelente la redacción que él más tarde le dió a este cuento.

—¡Pues bien! como no puedo mandarte al Infierno, te mandaré al Cielo.

—No me puedes mandar al Cielo.

—¿Y por qué no puedo mandarte al Cielo?

—Porque nunca me lo he podido imaginar.

Hubo entonces mucho silencio en la Corte de la Jutiscia de Dios" (1).

Una mañana, Wilde me tendió un artículo en que un crítico bastante pesado lo felicitaba porque sabía inventar lindos cuentos para vestir mejor sus pensamientos.

—“Crean, comenzó Wilde, que todos los pensamientos nacen desnudos... No comprenden que yo no puedo pensar si no es por cuentos. El escultor no trata de interpretar en mármol su pensamiento: él piensa en mármol, directamente.

“Había una vez un hombre que no podía pensar más que en bronce. Y este hombre, cierto día, tuvo una idea, la idea del gozo, del gozo que vive en el instante. Y sintió que le era necesario expresarla. Pero en parte alguna quedaba siquiera un pedazo de bronce; pues los hombres lo habían utilizado todo. Y aquel hombre sintió que se volvería loco, si no expresaba su idea.

“Y pensó en un pedazo de bronce que había en la tumba de su esposa, en una estatua que había mandado a hacer para adornar la tumba de su esposa, la única mujer que él había querido; era la estatua de la tristeza, de la tristeza que hay en la vida. Y el hombre sintió que se volvería loco si no expresaba su idea.

“Cogió entonces la estatua de la tristeza, de la tristeza que hay en la vida; le despedazó; la fundió, y con ella hizo la estatua del gozo, del gozo que no vive más que en el instante”.

Wilde creía en cierta fatalidad del artista, y que la idea es más fuerte que el hombre.

—“Hay, decía, dos clases de artistas: unos dan respuestas, y otros proponen preguntas. Importa saber si somos de los que responden o bien de los que interrogan; pues él que interroga jamás es el que responde. Hay obras que esperan, y que no se comprenden por mucho tiempo; es que ellas suministran respuestas a preguntas que aún no se habían hecho; pues la pregunta con frecuencia llega desgraciadamente mucho más tarde que la respuesta”.

Y añadía:

—“El alma nace vieja en el cuerpo; éste envejece para rejuvenecerla. Plátón, es la juventud de Sócrates...”

Después pasé tres años sin volverlo a ver.

II

Aquí comienzan los recuerdos trágicos.

Un rumor persistente, que crecía con el de sus éxitos (tres teatros de Londres representaban a la vez sus obras), atribuía a Wilde extrañas costumbres, de las que algunos más querían enojarse

se que reír, y otros ni enojarse; por otra parte, se pretendía que esas costumbres las ocultaba poco, por el contrario, a menudo alardeaba de ellas, decían algunos: valerosamente; otros: con cinismo; otros: con afectación. Yo escuchaba, sumamente sorprendido, estos rumores. Desde que trataba a Wilde, no tenía nada que pudiera hacerme sospechar de él.—Pero ya, por prudencia, muchos de los viejos amigos lo abandonaban. Aun no lo desconocían francamente, pero ya evitaban verse con él.

Una extraordinaria casualidad otra vez nos juntó en el camino. En enero de 1895. Viajaba yo; espoleado por el mal humor, y más en busca de soledad que de la novedad de los lugares. Tiempo feo; de Argelia me había huído a Blidah, que iba a dejar para pasarme a Biskra. Cuando ya me iba del hotel, por curiosidad ociosa, me fijé en la pizarra en que se inscribían los nombres de los pasajeros. ¿Qué veo?—A la par del mío, el nombre impresionante, el de Wilde... He dicho que estaba sediento de soledad: con la esponja borré mi nombre.

No había llegado a la estación, y ya estaba convencido de que algo de cobardía entrañaba aquel acto; enseguida, volviendo sobre mis pasos, hice que me devolvieran mi maleta, y de nuevo escribí mi nombre en la pizarra.

Hacía tres años que no lo había visto (pues no creo que fuera volverlo a ver la entrevista breve que con él tuve en Florencia, un año antes); ciertamente Wilde había cambiado. Eran menos blandas sus miradas, la risa algo ronca, y algo arrebatado en su alegría. A un tiempo parecía más seguro de agrandar y menos deseoso de tener éxito; animoso, firme, engrandecido. Es curioso, ya no hablaba por apólogos; en los días que con él me detuve, no pude sacarle el más mínimo cuento.

Me sorprendió desde luego hallármelo en Argelia.

—“¡Oh! me dijo, es que ahora huyo de la obra artística. No quiero adorar más que el sol... Se ha fijado cómo el sol detesta el pensamiento; lo rechaza siempre, y hace que se refugie en la sombra. Vivía al principio en Egipto; el sol ha conquistado el Egipto. Mucho tiempo vivió en Grecia, el sol ha conquistado la Grecia; después la Italia, luego la Francia. Ahora el pensamiento se halla repelido a Noruega y Rusia, que no son tierras solares. El sol tiene celos de la obra de arte”.

Adorar el sol, ¡ah! era adorar la vida. La adoración lírica de Wilde se tornaba salvaje y terrible. Una fatalidad lo arrastraba; de ella no podía ni quería sustraerse. Parecía dedicar toda su atención, su virtud, a exagerar su destino y a exasperarse a sí propio. Iba al placer como se va al deber.—“En mí, decía, el deber es divertirme terriblemente”. Más tarde, Nietzsche me sorprendió menos, porque ya le había oído decir a Wilde:

—“¡No hay ventura! Sobre todo ventura. ¡El placer! Es necesario querer siempre el más trágico...”

Caminaba por las calles de Argelia, precedido, escoltado, seguido de una extraordinaria banda de pécoras; conversaba con cada cual; a todos los miraba regocijado y les tiraba plata al azar.

—“Espero, me decía, haber desmoralizado bastante esta ciudad”.

Recordé el dicho de Flaubert, que respondía cuando se le preguntaba a qué suerte de fama aspiraba más:

—“A la de desmoralizador”.

Estas cosas me tenían muy sorprendido, admirado y temeroso. Conocía su situación vacilante, las hostilidades, los ataques y aquella sombría inquietud que ocultaba bajo un insolente regocijo (1). Hablaba de regresar a Londres; el marqués de Q... lo insultaba, lo llamaba, lo acusaba de huir.

—“Pero si Ud. vuelve allá ¿qué irá a suceder? le preguntaba. ¿Sabe lo que peligra?”

—Es necesario no saberlo jamás... Son extraordinarios, mis amigos; me aconsejan prudencia. ¡La prudencia! ¿Pero puedo yo tenerla? Sería volver atrás. Es necesario que yo vaya tan lejos como sea posible... No puedo ir más lejos... Es necesario que algo ocurra... alguna otra cosa...”

Al día siguiente Wilde se embarcó.

Lo demás, se sabe. Esa “alguna otra cosa” fué la **hard labour** (2).

Andrés Gide

(1) En una de las últimas tardes de Argelia, Wilde parecía haberse propuesto no hablar nada en serio. Al fin me fastidié un poco de sus excesivamente espirituales paradojas:

—Podía Ud. hablar algo más que bromas,—comencé;—me habla esta tarde como si fuera el vulgo. Debiera Ud. hablar al vulgo como sabe hablar a sus amigos. ¿Por qué no son mejores sus piezas? Lo mejor que hay en Ud., lo habla; ¿por qué no lo escribe?

—¡Oh!—clamó al punto,—pero mis piezas de ningún modo son buenas! y no me importan del todo... Pero si Ud. supiera cómo divierten!... Casi todas han resultado de una apuesta. *Dorian Gray* también; lo escribí en algunos días, porque uno de mis amigos pretendía que yo jamás podría escribir una novela. ¡Eso de escribir me fastidia tanto!—Luego, inclinándose de repente hacia mí:—¿Quiere usted conocer el gran drama de mi vida? Es este: yo he puesto mi genio en mi vida; en mis obras no he puesto más que el talento.

Lo que era muy cierto. Lo mejor de sus escritos no es más que un pálido reflejo de su brillante conversación. Quienes le han oído hablar juzgan engañoso leerlo. *Dorian Gray*, por supuesto, era una admirable narración, cuán superior a la *Peau de chagrin*, ¡cuánto más significativa! Pero ¡ay! escrita, ¡qué obra maestra de arte fallida! En los más encantadores de sus cuentos se mezcla excesiva literatura; por graciosos que sean, en ellos se siente mucho el aderezo; la preciosidad, la pureza extrema de lenguaje oscurecen en ellos la belleza de la primera intención; en ellos se sienten, no se pueden dejar de sentir, los tres primeros momentos de su génesis: la idea primera es muy bonita, sencilla, profunda y de resonancia segura; una especie de necesidad latente en ellos conserva fijamente las partes; pero luego la habilidad se detiene; el desarrollo de las partes se hace de manera facticia; no se arreglan bien; y luego, cuando Wilde trabaja sus frases, se ocupa en darles valor mediante un recargo prodigioso de sutilezas, de invenciones menudas, graciosas y extravagantes en donde la emoción se suspende de modo que lo halagüeño de la superficie hace perder de vista y de espíritu la profunda emoción central.

(2) En estas últimas conversaciones que refiero, no he inventado nada, no he arreglado nada. Las palabras de Wilde están presentes en mi espíritu, iba a decir en mis oídos. No quiero decir que Wilde viera alzarse claramente la cárcel delante de él, pero afirmo que el golpe teatral que sorprendió y trastornó a Londres, convirtiéndolo de repente a Oscar Wilde de acusador en acusado, no le causó, hablando en propiedad, sorpresa. Los diarios, que en él tan sólo querían ver un bufón, a su gusto han desnaturalizado el aspecto de su defensa, hasta desproverla de sentido. Más adelante, tal vez, será posible sacar ese espantoso proceso del fango abominable que lo cubre.

(1) Una vez que Villiers de l'Isle-Adam lo ha puesto en descubierto, todos saben ¡ay! el «gran secreto de la Iglesia»: *No hay Purgatorio*.

A propósito de "Tú, la imposible", novela de Marín Cañas

Todavía no he leído a Elionor Glyn, ni a Hugo Wast, ni a D'Annunzio. Fui una chiquilla que puso toda su ternura, toda su ilusión, cuando leía los cuentos que me hablaban de Pinocho, los cuentos de Andersen, y en fin, tantos otros que ya se me han olvidado. Con ellos, yo creí en las fuentes de la felicidad, en las bellezas de las virtudes y en los príncipes encantados. Pero más que todo eso, creí en mi libro.

Los años de mi infancia se tornaron lejanos, y con ellos, más lejano todavía, el dulce milagro de los cuentos, que me forjó ilusiones y me dejó un caminito espiritual en la humilde parcela de mi alma. Ellos se fueron y después, ninguno de los libros que he leído, me ha hecho revivir su encanto. Han pasado todos con suprema indiferencia y casi nada me han dejado.

Ahora, ha llegado hasta mí, con el sonoro regocijo con que llega Navidad para los niños, "Tú, la Imposible", la novela de José Marín Cañas, uno de nuestros más delicados autores. "Tú, la imposible", lo viene preconizando así.

Esta novela, como casi todas las cosas grandes, como aquel milagro de mi libro de cuentos, sí ha logrado llegar hasta mi corazón. Y, a pesar de toda la santa alegría que él llevó a mi espíritu, de todo el potente optimismo que siempre me ha animado, la tristeza de Juan Aracena, su protagonista, me ha repercutido como repercuten las melodías de los órganos en la umbrosa soledad de los templos.

"Tú, la Imposible", tiene para nosotras, las mujeres, un interés muy excepcional; interés que, sin duda alguna, conforme más la leamos, aumentará en progresión geométrica. Todas hemos soñado, y por esto, en las horas nocturnas más calladas, ella ha sido nuestra mejor confidente. Y hasta hemos llorado al pensar que un hombre, como Juan Aracena, sólo en novela lo podemos hallar. Es una triste realidad que, a menudo, llamamos con un gesto ribeteado de cierta elegancia. Es por esto, quizá, que nosotras, con mucha más razón que el autor, la llamamos también Tú, la Imposible, ya que nos ha hecho vivir un imposible.

Si tarea fuese para mí subrayar el mejor de los capítulos de la novela, no lo podría hacer. Pero si ella fuera un perfecto fracaso—que para esto dejaría de ser hija de Marín Cañas,—el capítulo trece, en mi criterio, la dejaría en el lugar que ocupa. Es rotundo y al par un hermoso elogio a la alegría que ha de ser, a quien lo lea, soplo de vida y de fe. Es la alegría en ubérrima floración, desmenuzada en todas sus magnitudes. Alegría y felicidad juntas de sentirse comprendido...

Y si de restar méritos al autor se tratase, yo diría, sencillamente,



José Marín Cañas

Algunos fragmentos de "Tú, la imposible"

—Las mujeres—continúa Arcos—no tienen importancia. Son potranças para ser dominadas, instrumentos de placer, adornos de una pared de la vida. Todas creen que, al retrasar la hora de la entrega, ganan en el "qué dirán". Confunden un principio de moral barata digna de Orison Sweet Marden, con un axioma de Longines. Además son tan precavidas, que antes de caer buscan algo más que la caída: buscan el pretexto que les servirá de escudo. Por eso todas planean ante el juez: ¡me engañó! Les falta, por otra parte, originalidad...

—Tú eres un cínico, Arcos, porque fracasaste como romántico.

—No lo creas.

—Si lo creo. Tú no eres un sensual, ni un sibarita del placer. Tú lloras con las películas sentimentales, y esto en un cínico es desastroso. Tu vida, como la de todos los otros, busca una sola cosa: ternura. Hoy mismo darías la vida por una caricia. Si; lo niegas y lo dudas, pero toda tu arrogancia se vendría al suelo con una primera palabra de mujer. Quisiste ser romántico y te fué mal. Huyendo de lo que temías, te has venido a refugiar en un pliegue de la vida, afirmando, con gran desenfado, que eres un cínico. Sabes que todas las mujeres retrasan la hora confundiendo a Marden con Longines, pero en ti existe el afán de que haya una, sólo una, que no lo haga. Y esa única, que sea tuya. ¡Egoísmo! Egoísmo humano. No es pecado, no te apures.

Como creo que mi discurso me está quedando maravillosamente, a juzgar por la cara de "Querido Conde", sigo sin dar tregua al gargüero.

—Todo el amor es una sola cosa: el primer beso. El placer, Gabriel Arcos, es un salto en el camino. Pero un alto en el sitio más descampado e inhóspito: en la realidad. Si todo el camino del amor es sueño, desemboca ese sueño en una realidad: la carne. Embellecer la realidad es pío menester, pero dignificarla y hacerla diosa es estúpido. Si Dios tuviese realidad, lo miraríamos por encima del hombro. Es lógico y humano. El amor es cuestión de concepto. El amor no es caricia, ni deseo, ni momento. El amor es largo, tendido, y, por ello, es equilibrio, resignación, mansedumbre, justa paciencia y justo amoldamiento de nuestro presente a nuestro presente. Tú confundes los términos, como las mujeres lo hacen con Marden y Longines. ¿No es verdad, Laredo?

—Discutes, Aracena, una cosa que no existe. El amor vive únicamente en las películas y algunas novelas del siglo pasado.

No replicamos a Laredo. Arcos niega el amor por-

(Pasa a la página 134)

que la novela no es creación suya. Es una perfecta y viva realidad. Ella es la vida—cruel y humana—agudizada dentro del fracasado corazón de Aracena. Es una tragedia que él, dejando de ser personaje novelesco, vivió y calló, porque la humanidad prohibió llorar a los hombres, creyendo que no tienen corazón. Y "Tú, la Imposible", es más grande por esto. Las obras excelsas de arte, tienen, como ella, su génesis, en un fracaso de amor.

Y todo ese enorme derrumbamiento que Juan Aracena escondió en su entraña es lo que da mayor realce al capítulo penúltimo, que se engrandece con la última mentira de su protagonista. Grandiosa y piadosa mentira por su optimismo al querer, aún después de su derrota, que aquellas palabras de su Santa Chidy que le auguraron el triunfo, fueran una realidad. Gesto de hombre altivo y digno, sin declararse vencido ante la fuga de las ilusiones más queridas. Gesto que, en "Tú, la Imposible", se dignifica y se engrandece.

Quede allá para los críticos el juzgar con sus opiniones estilo, giro, frases y otras exigencias literarias. Yo no sabría decir nada de eso. Siempre he creído que el mejor estilo es aquel que, en conjunto, haga de la obra algo digno de leerse, que guste y que si no es mucho pedir, nos llegue al corazón.

Y así va mi opinión, temerosa como la que más, de pisar los umbrales de la publicidad. Ella tiene un único valor: el de la sinceridad. Si a Juan Aracena se le ocurriera catalogarme, no diría que soy lectora de D'Annunzio, ni de Wast ni de Glyn. Diría, sencillamente, que soy lectora de Marín Cañas. Y él, a pesar de todo su enorme dolor, tendrá un triunfo que le será dulce y supremo: las lágrimas que tendrá Chidy al leer sus tristes memorias que, al fin,—pese a tiempo y a distancias,—el corazón de ninguna mujer es sordo para aquel a quien amó...

Claudia Cascante

Se trata de la novela de Marín Cañas: **Tú, la Imposible**. La hemos leído con simpatía, no prevenidos. En este último caso más valdría no leerlos, ni a Marín Cañas ni a otros autores.

Complacidos. Habría que releerla. Así, al pasar, unas notas:

No espere Marín Cañas público grueso para su novela. Lo veda la factura artística de la misma.

Gran acierto en el empleo de los calificativos humorísticos.

Sentido civil del paisaje; incorpora aspectos de la ciudad (sitios y horas) a la novela.

En el autor: la alegría de imaginarse mujeres bonitas, y describirlas.

Sobrias las descripciones. Sin dar nombres, es clara la copia. El par que Bolívar, por ejemplo (la reproducimos en esta entrega).

México. Febrero 10 - 1932.

Cuánto le dicen al autor las casas, las calles, los autos, las tiendas, etc. Crea con estas cosas de la ciudad. Es rico el autor en estas sensaciones.

Hay cine, movimiento, en la novela, con lo que el autor aporta a la ficción literaria costarricense un aspecto inusitado antes.

Hay que fijarse, pues, en el novelista costarricense José Marín Cañas.

Es interesante el vocabulario del autor; habría que revisarlo.

Lo mismo el estilo; hay en él un decir moderno, movido, con un sentido de velocidad que sorprende. Por eso la frase corta, fina, rápida; el relato suelto, la descripción alada. Hay que fijarse en el modo que tiene Marín Cañas de hacer metáforas; el símil inesperado.

El autor paladea mujeres, las ha remirado, las ha estilizado.

Digamos: es gráfico, realista, muy español (el diálogo, por ejemplo).

Elogiemos su sentido humorístico, a veces disolvente, desenfadado para opinar, de conexiones inesperadas, desconcertante. Caricaturesco, más que humorístico.

En otro medio más rico de emociones, la personalidad del autor se desarrollaría plenamente.

Unidos en el aprecio a Chaplín.

Convengamos en esto: es muy pobre la educación literaria de nuestras niñas; tampoco saben remendar calcetines.

Muy vivos sus modos de ver nuestro paisaje. El parque... Un puente. El tren de provincias. Esto se repite. Hay algo azorinesco.

Es verdad, Marín Cañas: ¡Cuántas de amor penan!

Enero, 1922.

g. m.

La característica primordial de esta novela de Marín Cañas es la vibración intensa de vida que hay en ella. Su humanidad, la fuerza de su realidad sentimental se palpa en cada una y en todas las páginas del libro. A veces nos sorprende y sobresalta como si estuviésemos en presencia de un corazón palpitante, en una mesa de disección, o como si sintiésemos, a través de la emoción ubérrima de sus páginas, vivir horas propias, horas que estuvieron, que están, que estarán en nuestra propia vida.

Luego conviene anotar esa otra realidad no menos vibrante del estilo: nuevo, móvil, ágil, elegante, dúctil; pleno de imágenes atrevidas, sabroso, dócil a todas las ideas o emociones a que sirve de vehículo. La ternura, el dolor, la alegría y la risa irónica o sarcástica tienen un sentido neto propio, en esta dicción de Marín Cañas. A veces, al terminar una página, sentimos el deseo de leerla de nuevo y la leemos, sin saber si el sortilegio está en la emoción expresada o en la forma de expresarla.

Y ese sortilegio está en el todo del libro, en su dolor y en su alegría; quizá, especialmente, en su dolor. La novela nos deja un resquemor preñado de sugerencias que no podríamos trasladar a imágenes determinadas. Si se nos preguntase a qué nos supo, a que nos sabe todavía, diríamos sencillamente: a vida.

Abelardo Bonilla

Sr. don José Marín Cañas.

San José, Costa Rica.

Distinguido compañero:

Desde la Habana, donde he vivido veintitrés años, me ha llegado su libro "Tú, la imposible".

Generalmente no leo novelas, pero leí la suya, presa de una rara atracción. Las imágenes—algunas veces un poquitín recargadas—son originales y bellas. Aquello de "las mujeres son el adorno de la pared de la vida" tiene para mí una gran belleza.

El argumento, sin ser nuevo, ha logrado, gracias a Ud., hacerse novedoso. Un amor que se muere, es algo que ocurre como dice Ud:

Un día.

Otro.

Otro.

Pero aun así, un mismo tema según se trate, es nuevo o gastado y Ud. ha sabido tratarlo con mucha habilidad.

Parece que todo lo que ocurre en su novela es auténtico. La verdad se parece a la edad de las mujeres en que no puede ser ocultada ni con menjerges ni con cremas y la verdad salta en cada párrafo, se reviste de esa gran tristeza de las cosas vividas y sentidas...

No puedo menos que felicitarlo de todo corazón por el acierto de su obra. Mi paisano Médez Bolio, con quien hablé ayer, me dijo que le conocía a Ud. y a los protagonistas de su novela. No le pregunté los nombres porque prefiero conocerlos a través de las páginas de las "Memorias de un hombre triste"...

Estrecho cordialmente sus manos a amigas,

Rosario Sansores

Señor don José Marín Cañas.

Pte.

Mi querido Marín Cañas:

El tema principal de su novela, tan humano, tan "nuestro", es decir, tan propio y evocativo para todos los que llevamos en el santuario de nuestros recuerdos, encerrado, como perla en su concha, el paso luminoso y fragante de una amada imposible, es de un sabor divino de nostalgias...

Crece en interés y emoción su novela, conforme van pasando los capítulos algo así, "como la sombra cuando el sol declina".

Encierran a la vez, sus páginas, pensamientos geniales, que ponen destellos de piedras preciosas entre la armonía impecable de sus relatos y la exactitud notable de sus paisajes. Los personajes están muy bien descritos y hábilmente entrelazados en la trama de su novela.

Muy bien, caro autor, y prosiga en su senda difícil de triunfo en triunfo. Que no sea "Tú, la Imposible" un punto final sino un compás de espera para una nueva obra que como ésta, ocupe las vitrinas y llene las bibliotecas de muchas casas. Ojalá se americanizara Ud. más y más, y diera curso a una obra regional, que, como la de Ricardo Güiraldes, "Don Segundo Sombra" en la Argentina y "La Vorágine" de Rivera en Colombia, fueran de éxito mundial y de gran prestigio para las letras hispanoamericanas.

Reciba las más cálidas felicitaciones de su admirador.

Raúl Martín Tinoco

"Tú, la imposible," se vende:

En San José, C. R.: LIBRERÍA ESPAÑOLA, a ₡ 3.50 el ejemplar.
En Madrid: LIBRERÍA Y EDITORIAL "MADRID", Calle del Arenal, 9, a Ptas. 5.

INDICE



CON EL CORREO DE ESTA SEMANA:

Ricardo Güiraldes: <i>Raucha</i> . Momentos de una juventud contemporánea.....	₡ 3.00
Ernesto Scheneider: <i>El psicoanálisis y la pedagogía</i>	2.50
Alfonso Maseras y C. Fages de Climent: <i>Fortuny, la mitad de una vida</i>	3.00
Raimundo Lulio: <i>Filosofía Moral</i>	4.00
Maud A. Brown: <i>La nueva enseñanza de la higiene</i>	2.00
Gabriel y Galán: <i>Obras completas</i> . Dos volúmenes.....	7.00
Alfredo Weber: <i>La crisis de la idea moderna del Estado en Europa</i>	3.00
Joaquín Maurín: <i>La Revolución española. De la monarquía absoluta a la revolución socialista</i>	3.00

Con el Admor. del Rep. Am.

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado.

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

Algunos fragmentos de "Tú, la imposible"

(Viene de la página 132)

que no lo conoce. Laredo lo niega porque lo conoce. Todos sabemos su dolor viejo, metido en un pliegue de su vida, cultivado por su mano con las caricias de un jardinero. Yo lo defiendo porque lo deseo. "Querido Conde" porque lo busca. Hemos de continuar así, en estas bravas discusiones, hasta envejecer. Es un sitio de la calle llena de pregones, de autos, de tranvías. Nadie nos lo quita. Tenemos el derecho por la rara puntual asistencia de todos. Los viejos, que, como nosotros, envejecieron en la discusión eterna, nos miran y nos oyen. A los pobres se les figura que somos ellos, allá en otros mejores días. Somos el camino que conocieron. Ellos son el camino que conoceremos. Y unos y otros, mirando pasar la vida, piropeando muchachas y admirando las tardes, vamos envejeciendo lentamente, sin más horizonte, sin más superación, sin otro sendero, ni destino, ni meta.

El dolor nuestro es el dolor de ellos. El dolor de ellos que usó levitón y bailó cuadrillas. Y como lo adivinan y lo adivinamos, una loca pena nos embarga a todos. Por tan loca pena, para no oír, discutimos. ¿Qué? Hoy será una cosa; mañana, otra. En el fondo, nada. Es para no oír el tiempo que no para nunca...

(Del Cap. X)

Vosotros, los que esperasteis:

Vosotras, las que, de pie sobre el bronce de los barbechos inútiles, a la vera del camino que sufría la redonda epilepsia de las curvas, visteis crecer las uñas en una espera sin fin.

Vosotros y vosotras, interrogantes sobre la página en blanco de vuestras vidas: empleaditas anémicas de los grandes bazares; poetas inéditos, rudamente embriagados de este intenso licor del triunfo que no llega nunca; mujercitas acodadas a esa ventana frente a la cual jamás se detuvo un novio; casposos contabilistas, que daríais la vida por un instante de juventud; jamonas de tacones lamentables, que habéis perdido en este mercado de los deseos toda esperanza de colocar vuestras carnes, ya consideradas como saldo pasado de moda; falange decrepita y anónima que nace, crece y muere en multitud; multitud opaca del montón sin nombre: ¡comprended mi alegría!

¡Alegría santa de mis alegrías! Alegría del veranero sol. Alegría de la semilla ubérrima que revienta en el surco. Alegría de la besana refrescada por el glorioso cantar de las primeras lluvias. Alegría del agua en torrentes, en remansos, cascadas y despeñaderos. Alegría de los colores en que encienden su poder las rosas frescas temblantes de rocío. Alegría de los cafetos en noviembre, de los almendros en flor, de los limoneros cargados de fruta. Alegría de los pellejos rezumando miel del colmenar y vino de la buena cepa. Santa alegría de la luz, que es color en el ramo, vida en la terronera y calor en el hato. Alegría del oro, tintineador y poderoso, bonito y cascabelero. Alegría del licor, de la copla de amores, del "sí" que pone límite a las penas. Alegría de los palillos y de la danza y del beso. Alegría del aplauso que es aspiración suprema de todo orgullo. Alegría del llar encendido, donde como una bendición de Dios hierve la suculenta cena. Alegría del tibio hogar, de los jardines llenos de chicos, del santo y bíblico regazo maternal. Alegría de las candilejas, que es colorín en la cara de una mujer bonita y ulular de trompetas en la boca de un músico asueñado y decrepito. ¡Alegría de vivir! Alegría de ser hombre. Alegría de Dios, que es todo alegría como una caja de infinitas bondades y de infinitas mansedumbres. ¡Esta es mi alegría! Esta es mi alegría...

Bien os digo: ¡Esta es mi alegría!

Comprendedla vosotros, los que esperasteis.

Comprendedla vosotras, mujercitas que he visto en un dibujo de Bartolozzi; en una novela picaresca; en el reflejo de una vitrina pobremente iluminada. Vosotras también: las que de pie sobre los bronces de los barbechos inútiles, bajo la palpitante y humana luz astral de una luna altísima, visteis crecer vuestras uñas aferradas a la espera sin fin. A esa trágica espera panda, tendida y larga como esta llanada de la vida.

¡Límite!...

(Cap. XIII)

Dícenle parque Bolívar.

Para evitar diabluras de la chiquillería y pecados de los amantes, lo han guardado con tambaleante cerca en derredor;

pero huelga toda prevención contra la humana maldad, pues nadie entra bajo la grata sombra del jardín público sin sentir achicada el alma, beatífica la actitud y sereno el porte, con esa sensación de respeto que infunden las viejas catedrales.

Lo hicieron menguado de ancho, pues en llegando al borde donde se inicia, pareciera que la tierra se ha dado prisa en bajar, arrojándose, a la postre, de cabeza al río. Entramos siguiendo el sendero que, lleno de altibajos, han trazado para acortar distancia los que tienen su vivienda en Aranjuez. Es un caminillo angosto, color de tierra reseca, sobre cuyos bordes crece en zarabanda de colores la amarillezrojiza de la albahaca junto a los crotones africanos, que, en dando flor, son rojos y negros, amarillos y tornasoles. Y es de ver allí, emperifolladas y jacarandosas, las reinas de la noche, las jacarandas altísimas, muy policromas con tanta flor de Nazareno, los eucaliptos y alguno que otro cactus espinoso, altivo y empecatado como señor de pro, a la misma vera de un tuete, de un higuerón blanco o algún ciprés aislado, que bien da la sensación de haberse escurrido de la eterna fila a la que está condenado por mor de caseros, jardineros y para bien de la moralidad pública. Y no se diga de las margaritas, que motean los campos en abril, y de tanta rosa silvestre como anda escondida, ni de las violetas y nomeolvides, ni de claveles y geranios, ni tanta bonita flor como crece aquí a su libre albedrío bajo la mirífica bondad de un Dios que todo lo cuida.

Caletres de monta escasa, muy dados a las bélicas epopeyas, colocaron el nombre a este jardín; pero hemos de convenir que le sienta y cae con tanto gracejo y donosura como a un jorobado la casaca de aquel espejo de hermosos que diera la vida por una sola carta de mujer.

Luce tan agresivo patronímico sobre el arco sencillo de cemento que abre sus brazos para remate de la calle que al parque conduce. No entramos nosotros por allí y todas las tardes hemos de tomar el sendero lleno de altibajos para buscar el rincón más umbrío de la arboleda, al que llegamos mediante una puertecilla de juguete que almas piadosas abrieron en la misma cerca de alambre. Es una puerta marcada por dos troncos, sobre cuyas cortezas los enamorados han ido grabando con cuchilla sus iniciales que borrarán el tiempo. De esta portezuela baja un estrecho y difuso sendero que traza la columna vertebral de un lomazo. Da el lomazo término a su panza en el río, y hasta el río llega también el atajillo. Y allí, en lo más hondo de la inmensa quietud, que, con sus dimensiones, hace el anfiteatro de las montañas, rumia su pereza, con una lentitud verdinegra de aguas estancadas, un río de escaso caudal lleno de pedrizas redondas, blancas y panzonas, retorcido de lecho, cantarín con las mañanitas, alegrador y parlero en las tardes, melancolizado por la hora del véspero y los tonos mediocres del atardecido. Todo el lomazo lo adornaron con nisperos de velludas hojas que en primavera se cuelgan los pendientes de oro de sus frutos, higuerones blancos, araucarias, gavillas y, hasta de tarde en tarde, algún rosal que no está florecido ahora. Y es de aspirar el ambiente y es de abarcar el aire de la montaña cuando, en bajando de ella, se aromatiza en las corolas abiertas bajo el beso bendito de mayo y junio. Todo el suelo está moteado con hojas caídas, que arremolina el viento en enero, filosos y escurridizo; y todo el cielo, claro,

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería "TRAUBE"

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias.

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS

ESTRELLA, LAGER, SELECTA,
DOBLE,
PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:

REFRESCOS

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES

GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSE - COSTA RICA

despejado y cobalto, se llena con la algarabía loca y alegre de los pájaros que vuelan, picotean, riñen en las ramas y tienden la curva de su vuelo sobre las pandas aguas del río en un chasquido que dura menos que un beso. Conforme bajamos, se nos agranda el corazón, metida toda la montaña en él, acariciadas nuestras carnes por tan rico y juguetón céfiro.

Nos sentamos. A nuestros pies teje su poema en hilos, con sordina quejumbrosa, el río. ¡Nuestro río! Viene deslizándose con serena actitud por entre los taludes de negra tierra bajo el arco que la selva le ofrenda. Todo él es verdoso, callado, quieto. No lejos, un tuete corcovado hinca sus dedos sobre la verdosa lámina del río dejando una raya blanca sobre el agua. Pero no bien se acerca a nuestros pies, deja toda compostura y seriedad, y lo que fué quieto deslizar conviértese de pronto, al asomarse al balcón de la cascada, en bullicioso jolgorio, en alegría blanca de espuma, en pujante revolver de salpiques y gotas, hasta escapar la corriente presurosa entre dos piedras que miran con impertinencia la impertinente pujanza del agua. El estruendo de la cascada es sordo; pero tan poderoso y solemne que llena todo el cielo, como si soplaran por los canutos de un órgano monasterial los pulmones de cien gigantes.

Canta el agua; pían los pájaros; se oye el caer de las hojas; huele a tierra en tempero, a carne de mujer recién bañada, a

huerta de convento. El sol, que azota ya de lado, alarga las sombras hasta lo infinito, manchando todo el lomo fronterizo con grandes manchas oscuras en las cuales los arbustos se centuplican; torna de oro las agudas hojas de la platanada del frente y preña de luz todo el sembradío, el cielo, las oquedades de la hondura, los cirros alargados por el viento. Los árboles tejen sobre el plafón de luz unos raros arabescos neurasténicos, y la selva, que corona el anfiteatro parece toda poseída de la misma rabiosa sensualidad del sol. Rayan los grillos el rumiar de la correntada; ladera abajo, ruedan los terrones de un barbecho sobre el que va hincando un diente la figura polvosa de un hombre corcovado. Mugen las vacadas en la distancia, y de tarde en tarde, como un reloj descompuesto, suenan apacibles y puras las esquilas. La terronada sigue cayendo sobre las pozas del río con hondos glú-glús que se agrandan en la cavidad cóncava del anfiteatro.

Bajo las frondas charlamos sin cuento, en loca vendimia de besos, temblores y risas.

Toda la Naturaleza exuda un vaho de vida acre y perturbador. Lento y tibio. Y en lo alto de la cresta, otea la amplitud con ojos bermejos de ladrillo cocido la rota torre de una iglesia en ruinas.

Es el instante en que el sol tremula unas largas caricias entre los muslos del paisaje. Acaricia sus pechos en las redondas y claras piedras del río. Besa su boca y sus dientes en las aristas de los repechos oscilantes. Lame las caderas pomposas de los lomazos, y, cuando al fin el paisaje se le entrega tartamudeante y encendido, él, fauno de los cuernos de oro, tiene, al ocultar su pecado tras la cómplice sombra de la noche, un gesto de gran señor: enciende el pebetero de la tarde.

Un largo quejido hace oscilar la quietud de la hora. Es un silbo agudo y largo como una recta que no tuviera fin. El silbo es paralelo a los surcos y a la vía férrea. Llega punzando, tiembla un instante sobre el agro y desaparece como por el ojo de una aguja.

—¡Mira, corazón! ¡Allí, allí!

Yo sigo la trayectoria que marca con su mano extendida.

—¿Lo ves, mi vida? ¡Míralo qué mono! Parece un juguete...

Nos quedamos mirando la figura muñequil del tren de provincias que pasa todas las tardes. Se corona de espuma, vuelve a coronarse y desaparece tragado por la boca azul del puente de Guadalupe. Todas las tardes lo esperamos. Y desde lejos, cuando ya parece que se hundió en la lejanía, nos saluda con el postrer silbo agudo, filoso, como una recta que no tuviera fin.

Sobre el parque-monja ha ido anocheciendo.

Regresamos.

¡Hace frío!

(Del Cap. XV)

—Créeme, Gabriel, ahora soy feliz. Ahora creo en todo. Hasta en la felicidad. En este instante en el que me he asomado al borde de la vida, al ver colmadas todas mis ambiciones, al sentir nuevos y buenos impulsos, el golpe sobre mi corazón ha sido tan fuerte, tan brutal y bárbaro, que de nada recordé, en nada he pensado, de ninguna herida volví a sentir dolor... Hay un momento en que una desgracia nos hace cruzar de pena. En ese instante, todo se nubla, todo se apaga, todo se diluye. Es tan fuerte el golpe que atolondra, desorienta, aturde. He aquí el verdadero vocablo: ¡aturde! No fué más ancho, más fuerte y bruto, porque para hacerlo más ancho, más fuerte y bruto, hizo falta una cosa: hizo falta corazón. Pues si ello lo hace el Dolor, ¿por qué no has de creer que también la Alegría pueda hacerlo! La Alegría existe, como corolario del Amor, de un amor sin manchas ni egoísmos ni soberbias, ni deseos. Pura e inmaculada, aturdira y machacante, fuerte como la pena, engrandecedora como la pena, clara y limpia como la pena. Por eso Alegría y Dolor tiene sólo un vocablo: las lágrimas. Mira, la otra noche, rompió a reír. Reía tanto, que las lágrimas se le saltaron: "¿De qué te ríes, Chidy?" "De que soy muy feliz". Y también la otra noche, mientras la atroz luna de enero se columpiaba sobre la oquedad azul del nocturno, la pregunté: "¿Por qué lloras, Chidy?" "Porque soy muy feliz". ¿No crees aún en el Amor?

(Del Cap. XVI)

Testimonios

Yo tengo una costumbre muy bien conocida, que es leer frecuentemente el Nuevo Testamento. En él he leído, según el Evangelio de San Juan, que a Cristo lo crucificaron por antipatriota, por evitar que vinieran los romanos; pero a los pobres judíos les cargaron la culpa. A Cristo lo hizo crucificar Pilatos, que era el pretor. Cristo representaba la autoridad espiritual, y el jefe de los pretorianos era Pilatos.

También habréis leído la vieja leyenda de que cuando Cristo expiraba un soldado ciego le dió un lanzaso en el costado, y al caerle la sangre de Cristo sobre los ojos, vió. Ahora no se curan así los ojos de los Longinos. Dudo que hoy sea posible proceder contra nadie que se niegue a confesar que bajo los accidentes del pan y del vino está la sustancia del cuerpo de Cristo.—Miguel de Unamuno.

Según Diodoro de Sicilia, I, 22 y IV, 6, "Tifón destrozó a Osiris en veintiséis pedazos, que distribuyó entre sus cómplices con objeto de que todos ellos sintiesen odio común y asegurarse de este modo defensores de su reinado".—Cita de Mario Meunier.

Pero como todos los políticos geniales, Constantino sacó provecho hasta de sus propios errores.—José Pijoán.

Había en Tebas un cuadro que representaba a los jueces sin manos y a su presidente con los ojos cerrados; era para indicar que la Justicia no debe aceptar regalos ni dejarse seducir.—Plutarco.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

HORAS DE OFICINA:
10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

INDICE



22 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Ben B. Lindsey y Wainwright Evans: <i>Matrimonio de Compañía</i>	7.00
Salvador de Maradiaga: <i>Arceval y los Ingleses</i> . Juicios póstumos sobre Inglaterra que escribió Julio Arceval	3.50
Bertrand Russell: <i>La Conquista de la Felicidad</i>	3.25
G. Grinko: <i>El Plan Quinquenal de los Soviets</i>	4.00
Boris Pilniak: <i>El año desnudo</i> . Novela	3.00
M. E. Ravage: <i>Cinco hombres de Franco-Fort</i> . La historia de los Rothschild, ...	4.50
Rabindranath Tagore: <i>El sentido de la vida (Sadhana)</i>	4.00
Henri Béraud: <i>Mi amigo Robespierre</i>	5.00
M. J. Bonn: <i>Prosperity. Ascensión y caída de la riqueza americana</i>	3.50
Aristóteles: Obras completas VI: <i>Ética a Nicomaco</i>	4.00
Salvador de Maradiaga: <i>Guía del lector del «Quijote». Ensayo psicológico sobre el «Quijote»</i>	3.50
Hans Reichenbach: <i>Atomo y Cosmos</i>	6.00
Luis Fernández Ardavin y Mauricio Bacarisse: <i>Edipo Rey</i> . Tragedia de Sófocles. Traducción directa del griego	3.50
<i>Poesías de Fray Luis de León</i>	2.50
Henri Rollin: <i>La revolución rusa y su génesis histórica</i>	4.50
G. Marañón: <i>La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales</i> ..	7.00
Lenín: <i>Cartas íntimas</i> . Prologadas por la hermana del autor	4.00
Angel Samblancat: <i>El aire podrido</i> . (El ambiente social de España durante la dictadura). Auto en cuatro misterios	3.25
León Tolstoi: <i>Anissia</i> . Narración de una campesina rusa	2.50
Hilaire Belloc: <i>Danton</i>	5.50
Francisco Agustín: <i>Don Juan en el teatro, en la novela y en la vida</i>	3.00
Benjamin Jarnés: <i>Escenas junto a la muerte</i> . Novela	3.50

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

En la Fiesta de la Cultura Hispánica

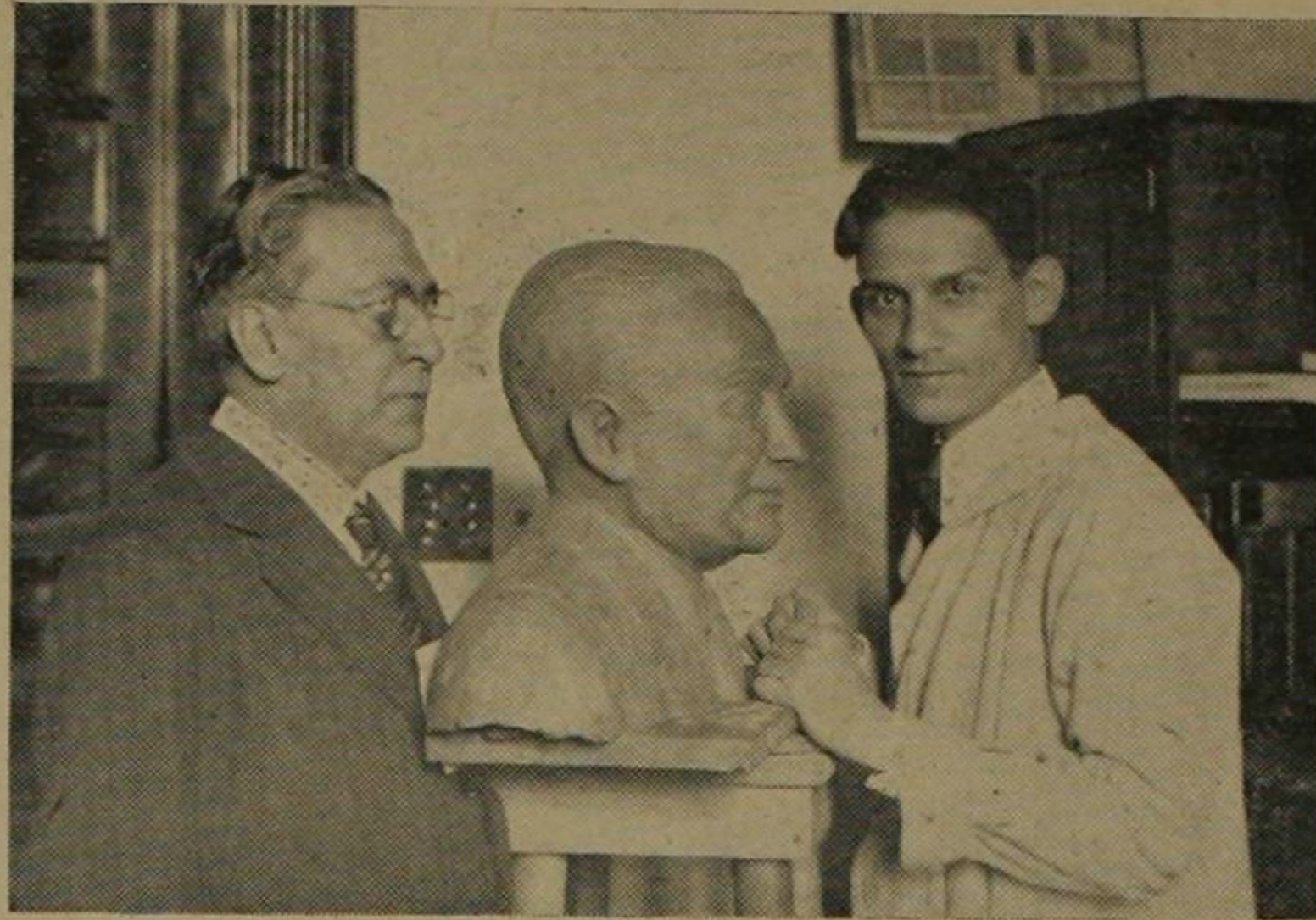
Discurso de González Martínez el Día de la Raza, octubre de 1931, en México, D. F.

= Envío del autor =

Limpiaré mis frases del énfasis que sólo conviene a un discurso. La oratoria es inútil donde no desempeña papel persuasivo, y este auditorio está de antemano convencido de lo que viene a mantener con su presencia: el ideal hispano americano como hecho incontrovertible y como sentimiento real en el espíritu de cien millones de hombres. No quiero que la oratoria modifique, desvirtuándolo, aquello que por sí mismo es grande, y de suyo elocuente. Los escarceos retóricos son inoportunos siempre que, como en el caso actual, la idea justa no ha menester esfuerzo para imponerse como afirmación categórica. El sentimiento de confraternidad hispanoamericano existe, a veces confuso, en ocasiones mal definido, desviado con frecuencia de su significación genuina y aun puesto de tarde en tarde al servicio de intereses bastardos y de malas pasiones; pero dista mucho de ser aquella amalgama informe, aquel conglomerado heterogéneo que caracterizan a ciertas agrupaciones artificiales de pueblos, creadas con fines que no son siempre nobles ante un riguroso criterio de moral humana. De este apretado conjunto, que el pasado liga, que vincula el presente y que afianza el porvenir, ningún pueblo hispano americano, tiene derecho a ser excluido, y en la obra común, cada cual tiene su parte.

Ayer todavía, los pueblos hispanos éramos una esperanza y quizás y apenas un presentimiento. Ramas fuertes y gigantescas, injertadas en el árbol primitivo de las razas abórigenes, representábamos una potencialidad indiscutible que se incubaba sorda y silenciosamente, un poco a hurto de las fuerzas directoras del siglo. Hoy somos una actualidad palpitante y una afirmación concreta. Ayer los pueblos monopolizadores de las culturas milenarias podían eliminarnos del tablero de ajedrez de sus complicadas combinaciones políticas y de la bizantina urdimbre de su refinada diplomacia. Hoy necesitan contar con nosotros a riesgo de que si nos dejan pasar inadvertidos, dejen también inadvertido su futuro grave, tan grave como su presente, tan amenazante como la situación del mundo a raíz de la gran catástrofe, en la cual no fuimos protagonistas, pero cuya acción de cataclismo nos invistió de pronto con la toga de los pueblos adultos.

Esta mayoría de edad conquistada súbitamente, no es motivo de júbilo sin restricciones, porque su prerrogativa trae aparejados tremendos compromisos de índole moral y pesados deberes ineludibles. Somos hoy como aquellos mozos a quienes la repentina dolencia del progenitor obliga a apuntalar el hogar que se desploma, y que se ven forzados a abandonar la frivolidad y la disipa-



El escultor Roberto de la Selva en su estudio, trabajando el busto del ilustre poeta Enrique González Martínez, en el momento en que éste le posaba. Trabajo que ha sido muy elogiado por el vigor y fuerza de su realización.

sión para recapacitar sobre los problemas angustiosos de la vida. Nosotros mantendremos nuestro brío primaveral y nuestro optimismo de pueblos jóvenes; pero les asociaremos la gravedad y la cordura. Con la sonrisa del que siente la alegría de vivir, mostraremos en el entrecejo la arruga precoz de la madurez reflexiva.

Somos pueblos que vamos hacia el mismo fin, aunque por distintas sendas. En ocasiones parece que la marcha es divergente y que nos apartamos en vez de unirnos. No hay tal. Al cabo del recodo imprevisto o de la desviación involuntaria, tornamos a recorrer la misma ruta y a contemplar la misma estrella. Y es que sobre la individualidad psicológica está nuestro aire de familia; y sobre la diversidad de matices, nuestra semejanza común. Conservando la fisonomía propia de pueblos que merecen el nombre de tales, no hay en nuestras nacionalidades afines, elementos que se combatan, y es inconcuso que física y moralmente, nos completamos. Nuestra homogeneidad, no la perturba la mezcla de sangre aborígen, antes le añade características y modalidades fecundas, que darán con el andar de los siglos, marcas diferenciales a la cultura que un día hemos de crear, mantener y propagar en el mundo. Ya no nos alarma el principio pseudocientífico de la inferioridad de las razas mestizas. Aparte que no existen razas puras, la mezcla suele ser renovadora y fortificante. Nuestro problema, sobre todo el de los pueblos poseedores de gran proporción de sangre americana, está en educar a sus hermanos nativos para que sus excelencias raciales se sumen a las europeas y las modalicen vigorizándolas.

¿Por qué cuando se habla de confraternidad hispanoamericana ha de sufrir la idea nacionalista, digo—el nacionalismo bien entendido, no el de preocupaciones estrechas tan condenables como el egoísmo individual? Las fronteras geográficas, la diversidad de organización y la diferencia de instituciones po-

líticas, no estorban la comunidad espiritual de los pueblos cuando la equidad y el respeto mutuo han extendido sobre ellos la mano. Todavía más; esas agrupaciones de índole étnica, en que patrias hermanas se unen para desempeñar una misión sobre la tierra, no son sino un esfuerzo, hacia otra idea más alta, no por lejana imposible, que ha de cristalizar tarde o temprano en el reinado del amor universal.

Siempre que se trata de la confraternidad hispano americana, es de rigor hablar de un sentimentalismo que no se traduce en obras. Es verdad, nada hemos hecho, o muy poco por lograr una acción común, una empresa colectiva que nos agrupe en forma dinámica. Nuestro

estatismo, tiene aspecto de esterilidad, ya que como dice un moderno pensador de España, los pueblos no conviven por estar juntos, sino por hacer algo juntos. Pero además de que una empresa así no se improvisa, pensar con insistencia en ella es ya un principio de realización. Algo es también comenzar a conocernos y a interesarnos por las cosas de España y de América; y algo, el procurar interpretaciones justas de lo nuestro, que otros miran con deslén o censuran sin conocimiento.

Me creo en esta ocasión con derecho a hablar de torcidas interpretaciones y de fallos injustos, ya que nuestro país ha sido más que ninguno otro víctima frecuente de las especies más calumniosas, no sólo por parte de quienes pueden tener interés en propagarlas, sino aún de la de aquellos cuya obligación moral era y es desentrañar de los sucesos mejicanos la verdad pura y el sentido profundo. Porque un alto y hondo sentido tuvieron siempre nuestras turbulencias y en los horrores de la lucha nada, ni lo que causó mayor escándalo, dejó de tener nunca la orientación moral, social y política que exigían implacablemente los problemas nacionales. Ningún movimiento armado dejó de tener un ímpetu de justicia o un anhelo de redención. No siempre es dado a los pueblos mantenerse en términos de moderación; ni retardar o eliminar un problema ha sido nunca resolverlo. Por esta razón los que juzgan duramente a nuestra patria sin entrar en las causas de sus sacudimientos, sabrán un día que lo que México ha logrado en sus convulsiones, lo que ha conseguido con sus luchas este país espléndido y trágico, para tomar las palabras de un escritor belga, tiene mayor alcance del que a primera vista pudiera sospecharse, y que mucho de lo realizado en aquel amplio y doloroso campo de experimentación, será fecundo más allá de sus fronteras. Sólo a sabiendas de como el problema urge, puede justipreciarse el rigor del

(Pasa a la página 143)

Balada de la Cárcel de Reading

Por C. 3. 3. (OSCAR WILDE)

Versión española de GUILLERMO VALENCIA

Dedicada a su amigo Alfonso Villegas Restrepo

1

IN MEMORIAM

CARLOS T. WOOLDRIDGE,

un tiempo Caballero de la
Guardia Real, ajusticiado
en la Cárcel de Su Majes-
tad, en Reading (Berkshire)
el 7 de Julio de 1896.

No lucía el dormán escarlata
porque sangre y vino son rojos,
y en vino y sangre se teñía
cuando en su lecho El mató un día
a la bella de sus enojos.

Andaba entre los acusados,
con su cachucha de estameña
y su vestido gris marchito;
era su andar ágil y alegre
pero jamás vi con tal fiebre
mirar un hombre al infinito.

Nunca yo viera un hombre así
mirar con tal tesón de anhelo
aquel toldillo azul turquí
que los cautivos llaman cielo,
y las nubes que el viento arrebató
como naves con velas de plata.

Iba yo con más almas en pena
a través de otro patio sellado,
sin saber la futura condena
de ese grande o pequeño culpado,
y una voz tras de mí dijo apenas:
"aquel hombre será colgado".

Oh, Jesús! de la cárcel el muro
parecía temblar, y a mi frente,
ciñó el cielo su círculo duro
como un casco de acero candente,
y aunque mi alma de hiel iba llena,
no podía pensar en mi pena.

Supe entonces la idea tenaz
que cruzó de su mente al trasluz
y por qué con ojo voraz
miraba la fúlgida luz:
el hombre mató lo que amaba
y lo espiaba a él una cruz.

Todos matamos lo que amamos;
que cada uno sepa eso:
unos hieren con la mirada
o una doblez almibarada;
mata el cobarde con un beso,
el valiente, con una espada.

De jóvenes, matan su amor;
lo matan, de viejos, también;
unos al filo de su ardor,
o con garra de oro, a cercén:
del puñal los mejores se fían,
que así, pronto los muertos se enfrían.

Poco se ama, o mucho y largo,
se compra amor y amor se riega;
se infiere mal con lloro amargo
o sin suspiros se hace entrega;
y aunque uno mate lo que ama
a ése la muerte no llama.

No muere de muerte infamante
en hora bien triste y sombría,
ni ajusta a su cuello el bramante,
ni a su faz la máscara fría,
ni a través de la tabla inquietante
sonda el pie la negrura vacía.

El no vive con hombres silentes
que lo siguen del alba al ocaso,
que le atisban sus lloros ardientes,
si aún murmura plegarias muy paso:
lo espían con temor que no cesa
de que robe a la cárcel su presa.



(Dibujo de Efraím Martínez,
pintor colombiano, de Popayán).

No se despierta un día medroso
en medio de grupo fatal:
no ve al capellán tembloroso;
no ve la mueca emocional
del alguacil, ni ve al alcaide
con el negro gabán capcioso
y una cara de Juicio final

No deja el lecho en triste prisa
a vestir la postrer camisa
ante ese burdo de doctor
de ojo esculcante, de voz seca,
que anota un tic, capta una mueca
al caer de un martillo atroz
que es el tic-tac de su reloj.

Ni la sed aflictiva le acose,
que aridece el gáznate poco antes
que la mano con sórdidos guantes
del verdugo, en el cuello se pose
y consiga con nudo eficaz
que la sed ya no vuelva jamás.

No doblégase al hórrido canto
del Oficio de Muertos. Que dude
si está vivo, y un íntimo espanto
la embotada razón le sacude;
ni al entrar en la lóbrega pieza
con su propio ataúd se tropieza.

No echará su postrer mirada
por el techo de vidrio, hasta el cielo;

no da ruegos su boca tostada
porque fine aquel mal sin consuelo;
ni siente él que en su trémula faz
posa el último beso Caifás.

2

Seis semanas vagó el precito
con su cachucha de estameña
y su vestido gris marchito;
era su andar ágil y alegre,
pero jamás vi con tal fiebre
mirar un hombre al infinito.

Nunca se viera un hombre así
mirar con tal tesón de anhelo
aquella tienda azul turquí
que los proscritos llaman cielo,
y las nubes que en albo montón
enmarañaban su vellón.

No torcía las manos a usanza
de quien empuja en loco engaño
a ese niño falaz, la Esperanza,
a la cueva del Desengaño;
miraba al sol, inmóvil, duro,
y se embriagaba de aire puro.

Ni torcer de manos, ni lloro,
ni lamentos; con ansia continúa
pedía al aire el esquivo tesoro
de su ignota virtud anodina;
bebía sol con labio bermejo
como un vino de cántaro añejo.

Y esos seres que en pena conmigo
agrupaba otro patio sellado,
olvidaron su propio castigo
y el valor de su propio pecado,
y seguimos con ojo anhelante
de pavor al futuro danzante.

Y era difícil comprender
ese su andar ágil y alegre,
y su extraña manera de ver
la lumbre del día, con tal fiebre,
y era muy triste de pensar
en la deuda que habría de pagar.

Porque el roble y el olmo ostentan,
por primavera, fronda grata;
mas son odiosos y amedrentan,
árboles de raíz ingrata
que muerden víboras astutas,
y para dar sus rojas frutas
izan al hombre a quien se mata.

Ese trono de gracia es muy alto;
tras él corre el mundano destino;
mas, quién gusta subirlo de un salto,
anudar la corbata de lino,
y ver cielo en postrer sobresalto,
a través del collar asesino?

Dulce, danzar entre violines,
del Amor y la Vida al amparo;
a son de flauta y bandolines,
danzar es exquisito y raro;
mas si hay algo que da escalofrío
es danzar con el pie en el vacío.

Y así con mirada curiosa
e insano cavilar crúel,
nos mordía una duda medrosa:
si acabaríamos como él...
porque nadie sabrá el laberinto
en que pueda perderlo su instinto.

Sabed, pues, que el hombre ya ido
no tornó a andar entre acusados
y aun sé que supo estarse erguido
en el negro cubil de penados,
y que nunca en tu mundo de paz
oh, Señor!, me hallaré su faz.

Cual dos barcos que en la tormenta
pasan junto sin señas ni voz
entre el peligro, silenciosos,
así nos cruzamos los dos:
cómo hablar si era el día de la afrenta
y no la noche azul de Dios!

Un mismo dombo nos cubría,
proscritos éramos al par,
el mundo no nos recibía,
el Señor nos quiso negar,
y la trampa que asecha al que falla
nos había cogido en su malla.

3

En el coso de los Deudores,
de muy áspero pavimento
y altos muros rezumadores,
él rumiaba su tormento,
y de allí veía el firmamento,
entre dos mudos Vigilantes
que celaban su vida constantes.

Sentábase entre aquella gente
que io espiaba de orto a ocaso,
que atisbaba su lloro ardiente
y hasta su ingenuo rezar paso,
por un negro temor que no cesa
de que hurtase a la horca su presa.

Aquel Alcaide era muy fuerte
en Artículos del penal;
el Doctor definía la muerte:
"hecho científico normal",
y el Capellán iba dos veces
con sus folletos y sus preces.

Y él dos veces también por día
fumaba su pipa a sabor
y con belfo goloso bebía
cerveza de negro color;
alma pronta, en su pecho no había
un desván que asilase el temor,
y anunció le sería placentero
si el verdugo llegaba ligero.

El por qué de aquel íntimo brote,
Guarda alguno le osó preguntar,
que es severa consigna en un zote
de ese oficio, el oír y callar:
buen cerrojo a la boca pegada,
para rostros de máscara helada.

De otra suerte la humana ternura
llegase los pechos a herir,
y asesinos de cáfila impura
no pueden piedad recibir.
Qué palabra de amor sobrehumano
diese alivio a un espíritu hermano?

Con lenta marcha balanceada,
de nuestro patio en derredor
ejecutamos la Parada
de los Locos, con mucho ardor.
Brigada del Diablo o de Momo
forman jocosa mascarada
testas sin pelo y pies de plomo.

Deshilachábamos a tientas
cables untuosos de alquitrán,
con uñas roídas, sangrientas,
y frotábamos con afán
los bancos, pisos y herramientas,
o fregábamos las vajillas
rozando platos y escudillas.

Coser de sacos, partir bloques,
hundir el taladro terroso,
contra las gamellas dar choques,
bostezar himnos, sin reposo,
sudar al crujir del molino:
mas en nuestro pecho cuitado
el terror dormía, sosegado.

Y a tal punto que todo día
pasaba frente a nuestros ojos
como una ola con despojos
de algas que hurtó a la mar bravía;
y así olvidamos el destino
que espera al sandio y al ladino,
hasta que un día de fecha incierta
cruzamos una tumba abierta.

Su boca enorme y agresiva
bostezaba por carne viva,
y hasta el limo, rojo alimento
le pedía al asfalto sediento,
y supimos que al brillo importuno
de la aurora colgaban a alguno.

De la Muerte, el Terror y el Destino
inclinamos el alma al yugo;
con su saco y la cuerda de lino,
sigiloso, pasó el verdugo
en las sombras, y el grupo entero
huyó al numerado agujero.

Esa noche los pasadizos
colmaron formas inquietantes,
y hubo pasos escurridizos
entre las paredes gigantes;
tras los barrotes tapa-estrellas,
rostros de dulce claridad
miraban con curiosidad.

Como en césped de primavera,
él reposaba en blando sueño:
turbó a los guardas la manera
de su dormir y de su ceño,
y aquella calma en ese trance
teniendo al verdugo a su alcance.

Es imposible que se aduerma
el que por vez primera llora,
y así nosotros—chusma enferma—
vigilamos hasta la aurora;
y en el cerebro de cada uno,
sobre sus manos de Dolor
deslizó como un trepador
el ajeno terror importuno.

Ay! es horrible devorar
el crimen de otro; recto al alma
—hasta do el pomo en hierro empalma—
el Mal su estoque logra entrar;
y como plomo derretido
fué nuestro llanto que fluía
por sangre que no hemos vertido

Con sordas babuchas de fieltro
rodaban los guardas, apenas,
a mirar con ojos de espectro
tras el candado con cadenas;
y con pasmo y miedo veían
unas extrañas formas grises
que en el polvo se retorcián,
y darse cuenta no pudieron
por qué oraban arrodillados
los que nunca jamás lo hicieron.

Hincada al suelo la rodilla,
rezamos toda aquella noche
como locos que a trochemoche
llevan un muerto en su camilla.
La media noche sus pulmones
estremecía como airones
de un funeral y negro coche;
vinagre en esponja al sediento,
tal nos supo el Remordimiento.

El gallo gris cantó una vez
y el bermejo cantó después,
pero la luz no apareció.
Se acurrucaban presurosas
larvas del Miedo tortuosas
que cada rincón asiló,
y todo espíritu del mal
que rige un ser que nadie nombra,
loqueaba desde la sombra
y nos hacía mueca infernal.

Se deslizaban y pasaban
y resbalaban velozmente
como viajeros entre bruma,
y se mofaban de la luna
en un rigodón esplendente
de laxitudes insidiosas;
y con marchas ceremoniosas
se apresuraban a sus citas
—entre zalemas melindrosas—
esas sonámbulas malditas.

Con sus truhanadas y sus muecas
vimos pasar grácil, oronda
y mano en mano, aquella banda
que danzaba su zarabanda
girando en fantástica ronda;
y los condenados grotescos,
tumbados por árida pena,
simulaban los arabescos
que el viento dibuja en la arena.

Con piruetas de peleles
danzaban en puntas de pies,
y sus flautas, con notas crueles
pasaban el alma a través;
y movían su atroz mascarada
con cantos de sonos inciertos
en voz ruda y con voz velada,
para despertar a los muertos.

"Oh!—decían—el mundo da vado;
piernas atadas andan mal;
una vez, dos correr el dado
es distinguido y señorial;
mas si jugáis con el pecado,
perderéis, como es natural.
Nunca se gana, como es obvio,
sobre el tapete del Oprobio".

No eran ¡pardiez! formas inanes
aquellas figuras grotescas
que daban zancadas truhanes
con dislocaciones simiescas.
Esos monstruos aparecidos
no eran vanos cuentos de viejas
a los que viven entre rejas,
grillete al pie, como tullidos.

Bailaban las locas parejas,
a la redonda, en torbellino;
semi-beatas, taimadas viejas
miraban con guiñar ladino;
por las escalas discurrían
y con gestos provocadores
y agudos sarcasmos de fuego,
hacia nosotros se movían
y acompañaban nuestro ruego.

Gimió la brisa matinal
frente al terco negror de la Noche
que en su telar descomunal
iba tramando, hilo por hilo,
pesares, en vaivén tranquilo;
y turbó nuestro orar, con sevicia,
el anuncio del Sol que ajusticia.

Giró por los gélidos muros
el viento en dejo gemidor;
como rüeda de cuchillos duros,
el minuto hería con furor:
—viento lloroso, por qué, di,
se nos hace velar así?—

Al fin la sombra de mi reja,
frente al jergón en que dormía,
como forjada celosía,
sobre el muro de cal se refleja,
y supo entonces mi congoja
dónde el alba de Dios era roja.

A las seis las celdas barrimos,
y a las siete todo era en paz.
De pronto el impetu sentimos
de un estruendoso vuelo audaz;
—era que el Señor de la Muerte
había entrado, sin antifaz..

No iba de púrpura procera,
ni en un corcel de albor de luna;
con tres yardas de cuerda y una
breve tabla de corredera
bastaba a su negra fortuna.
Con su lazo de oprobio allí vino
el Heraldo a fijar el destino.

Como gentes que en sucio pantano
van de noche al azar, sin confianza,
no pudimos clamar al Arcano,
ni arrojar nuestra malandanza;
en cada uno algo había muerto
y eso muerto era la Esperanza.

Del Hombre la justicia bruta
marcha siempre, esquiva el desvío,
hiere a todos, jamás se inmuta,
su andar es implacable y frío;
a tacón férreo al fuerte arrasa
la parricida, cuando pasa.

Con lenguas túmidas, sedientas
atendimos las campanadas
de las ocho, las pausas lentas
d'ese martillo singular
con que pierde a un hombre el Azar
que sabe un nudo corredizo
para el que bien o mal "la" hizo.

Como los quietos monolitos
de una llanura solitaria,
aguardábamos los precitos
la remecida funeraria;
el corazón batía con furor
como un loco sobre un tambor.

Del reloj el súbito son
sacudió el aire enrarecido,
y del fondo de la prisión
se alzó prolongado gemido
de inútil desesperación,
cual la voz de un leproso olvidado
turba el yerto fangal asustado.

Y como vive horrible cosa
tras el cristal de un sueño vago,
vimos la cuerda del estrago
colgar de aquella viga odiosa;
se oyó hasta el rezo del proscrito
cuando la argolla pavorosa
tronchó su vida en un gran grito.

Esa violenta sacudida,
esa voz de desgarramiento,
la hiel de ese remordimiento
y el sudor de aquella partida
nadie lo supo como yo;
así, nadie los pudo sentir:
el que vive más de una vida
más de una vez debe morir!

4

No hay Oficios cuando se mece
a algún infeliz condenado,
pues el Capellán entristece,
lleva el rostro desencajado

o escrito en su frente aparece
lo que a nadie leer es dado.

Y así seguimos sin afanes
hasta las doce; la campana
volvió a tañer, y los guardianes
recogieron su caravana;
con sus llaves escandalosas
abrieron las celdas mohosas,
y caímos de aquel laberinto
cada uno de Infierno distinto.

Bajo la clara luz de Dios,
pero no como ayer se hiciera,
avanzamos de dos en dos,
al sordo corredor de afuera.
Estaba aquél, muerto de susto,
tenía otro la cara gris:
nunca miré más triste gente
ver la luz tan intensamente.

Jamás hombres tan tristes vi
sorber con tal tesón de anhelo
aquella cosa azul turquí
que los cautivos llaman cielo
y las nubes que en la inmensidad
huían en feliz libertad.

Mas vi también algunos presos
muy cabizbajos, pues sabían
el destino que merecían
al ser juzgados sus excesos:
Aquel mató la vida cierta
y ellos mataron cosa muerta.

El que duplica su delito
llama al castigo a un alma muerta,
la despoja del sambenito
y hace sangrar su herida abierta
a grandes gotas, inhumano,
pero la hace sangrar en vano.

Como simios, como payasos,
en monstruosa ostentación,
constelados de insulsos trazos
y flechas de rara intención,
circuímos a grandes pasos
el patio asfaltado, en montón;
aquel silencio aun me labra,
pues nadie allí dijo palabra.

Un recuerdo de horror o ira
aullaba como un viento frío,
bajo el silencio de esa gira,
en cada cerebro vacío:
el Horror nos mostraba su faz
y el Terror se arrastraba detrás.

Ante aquel rebaño de brutos
se esponjaban los guardas enormes
de endomingados uniformes
con jerárquicos atributos.
Y supimos su horrendo estremés
por la huella de cal de sus pies.

Donde esa tumba abrió la boca
ya no había tumba, solamente
poca tierra, guijos y roca
cerca del muro penitente,
y un montoncillo de cal viva
porque el hombre un sudario reciba.

Pues se brinda sudario al proscrito
como pocos podrían desear:
en un triste corral de granito,
con sus grillos, le dan descansar,
y lo estiran desnudo en su cama
bien cubierto de un manto de lama.

Sin reposo, la túnica ardiente
de cal viva la carne y los huesos
en la noche le casca, inclemente,
y de día le devora a besos;
carne y huesos le roe al azar,
y el corazón, sin descansar.

Tres largos años discurrieron
sin sembrar allí ni plantar;
por tres años los hombres vieron
desnudo y yermo aquel lugar
que a los cielos de atónitos ojos
alzará su mirar sin enojos.

Hubo hombres que en su desatino,
temiendo sufriese mancilla,
no confiaron ni leve semilla
a ese corazón de asesino.
Oh, no! la tierra es noble y franca,
y a quien un grano al surco arroja
la rosa roja da más roja
y la blanca la da más blanca.

De la boca, una roja rosa,
y del corazón, una blanca!
Quién dirá la amplitud dadivosa
que Cristo a su piedad arranca,
desque, en flores, bordón peregrino
ante un Papa, mudó su destino?

No florecen la rosa de nieve
ni la roja en la cárcel maldita:
silex, tejos, guijarros remueve
quien el antro sin galas visita,
que una flor muchas veces le alcanza
al provento niñar la Esperanza.

Ni la rosa purpúrea de vino,
ni la blanca darán sus olores
al regar cabe el muro mezquino,
el risueño collar de sus flores
que allí digan al hombre que pasa
de Jesús la clemencia sin tasa.

No obstante que ese muro odioso
el cerco estreche y que no pueda
salir un alma a hacer la rueda
porque la fije un hierro al coso,
y que un espíritu no lllore
aunque en tan acre tierra more.

Descansa en paz el desdichado,
en paz, o acaso muy en breve:
allí ya nada le conmueve
y hasta el diurno Terror se ha marchado,
porque reposa en Tierra bruna
que no tiene ni Sol ni Luna.

Lo colgaron como a una fiera,
sin una plegaria siquiera
que ante su espanto fuese apoyo;
se lo llevaron a carrera
y lo escondieron en un hoyo.
Del burdo traje despojado,
lo descubrieron a las moscas
y mofaron con voces toscas
de su lívido cuello hinchado,
de su sereno mirar fijo;
y con reír strafalario
le previnieron el sudario
que lo devora en su escondrijo.

El Capellán no hincó rodilla
en aquella tumba que humilla,
ni puso la cruz bienhechora
que dió Cristo a la hez pecadora,
con ser ese hombre, por lo visto,
de aquellos que salvaba Cristo.

Todo, muy bien! Dejó la vida
por la frontera conocida;
lloro ajeno que no se agota
irá a colmar la urna rota
—hace tanto!—de la Piedad;
lo llorarán cuantos azota
y desecha la humanidad.

5

Yo no sé si la Ley es justa
o no, mas sí estamos seguros
los cautivos que el antro ajusta,
de la solidez de los muros;

de que cada día es como un año
y sus días, de durar extraño.

Y sé más: que la ley del hombre
desde que a Abel mató su hermano
y la desdicha tuvo nombre:
que toda Ley bota el buen grano
y destina para el granero
el deshecho que salva su harnero.

Sé también—qué cuerdo si todos
lograran saberlo conmigo!—
que esas cuevas de raros apodos
que abren los hombres al castigo,
se han hecho prensando los lodos
de la infamia y para su abrigo:
las han cubierto de cerrojos
porque Cristo no sea testigo
de tal sevicia, con sus ojos.

Con los barrotes desfiguran
a la luna la faz graciosa,
y en impudicia codiciosa
aun el buen sol cegar procuran.
Bien hacen de ocultar su infierno:
pasan allí cosas sin nombre
para asombrar hoy que perduran
al Hijo de Dios y al del Hombre.

Los hechos de mayor vileza
—negras flores emponzoñadas—
pululan como la maleza,
entre esas simas desoladas:
lo que al hombre resta de noble
allí se pudre en ocio innoble;
la Angustia vela y no se cansa
frente al Guardián Desesperanza.

Hambread al gamín aterrado
basta que lllore sin cesar;
con el látigo han desollado
al débil y al idiota al par;
escarnecen a los mayores,
algunos se tornan dementes,
todos, todos se hacen peores
y nadie osa mover los dientes.

Cada guarida es torva, infecta
como una lóbrega letrina;
su aliento fétido proyecta
la Muerte viviente que hacina,
en busca de la claraboya
de cárdena luz mortecina:
salvo el Deseo, en polvo vano
se disuelve el autómatas humano.

Bebemos del agua estancada
que rueda entre lodo, y el pan
que pesan con mano apretada,
con cal y greda nos lo dan.
Como el Sueño no se echa tampoco
clama al Tiempo con ojos de loco.

Aunque el hambre agote y al cuello
la sed como un áspid se anude,
y no exista piedad que escude
a esa gris taifa sin cabello,
lo que hiere con saña bravía
es sentir que en aquella prisión,
la piedra que alzamos de día
es de noche nuestro corazón

En sombras la celda y el alma,
hacemos girar la manija,
y en el fosco cubil, con calma
destrenzamos la cuerda fija:
el silencio es temible entonces
más que el tañido de mil bronces.

Pues jamás una voz humana
con dulzura trajo un consuelo:
a través de estrecha ventana
nos velan como mirar de hielo,
y nos pudrimos olvidados,
con el cuerpo y el alma llagados.

Del vivir la férrea cadena
enmohecíamos solitarios;
unos blasfemaban de pena,
lloraban muchos sus calvarios;
de otros nunca salió un gemido;
mas hay leyes de Dios en la tierra
que quebrantan los pechos de piedra.

Cada corazón que se parte
en esas cuevas de terror,
es como aquel pomo del arte
que rompieron ante el Señor
y llenó la mansión del leproso
con efluvios de nardo oloroso.

Felices de los corazones
que, al romperse, logran la paz:
sólo así, limpio de pasiones,
el hombre puede erguir la faz:
sólo entrando por un pecho hendido
puede Jesús ir a su nido.

El de lívido cuello hinchado
y ojos fijos, claros, ardientes,
espera las manos clementes
que asió el Ladrón afortunado:
porque el Señor sí escucha el grito
del mustio corazón contrito.

El hombre de túnica roja
que lee la Ley, dió tres semanas
para que el reo, sin congoja,
lavase sus llagas humanas
y la mancha de trágico brillo
en la mano que tuvo el cuchillo.

Y con lloro de sangre su mano
lavó él, pues la sangre sola
limpia de sangre a quien inmola
en su ceguedad, a su hermano;
el lloro cura el pecho humano,
y de Caín la mancha aleve
se hizo en Cristo sello de nieve.

En la Cárcel de Reading, frente
a la Ciudad, hay una fosa
en que un miserable reposa
roído por sudario ardiente:
para siempre allí yace un hombre
más en su tumba no hay un nombre.

Descanse en paz hasta que llame
Cristo a sus muertos, algún día;
ni una lágrima se derrame
con ayes de melancolía;
a la que amaba, él quiso herir
y por ello debía morir.

Todos matamos lo que amamos;
que cada uno sepa eso:
unos hieren con la mirada
o una doblez almibarada;
mata el cobarde con un beso;
y el valiente, con una espada.

(De *El Espectador*, Bogotá)

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Dimitri Merejkovsky: <i>El Mesías. Akhenaten, rey de Egipto</i>	6.00
F. Menéndez y Arranz: <i>Lobagola. Autobiografía de un salvaje africano</i> . Traducción directa del inglés	4.00
Barnes, Giner de los Ríos, Guyau, Rousseau, etcétera: <i>Cómo debemos educar a nuestros hijos</i>	3.00
Alfonso Dávila: <i>Las luchas fratricidas de España, El triunfo de las lises</i> . 2 tomos.	6.00
R. H. Tawney: <i>La segunda enseñanza para todos (Una política laborista)</i> ..	2.25
Salvador de Madariaga: <i>España. Ensayo de historia contemporánea</i>	4.25
I. P. Pavlov: <i>Los reflejos condicionados</i> . Lecciones sobre la función de los grandes hemisferios. Prólogo del Prof. G. Marañón	15.00
Carlos Marx: <i>El Capital</i> . El proceso de la producción del capital. Tomos I y II. . .	5.00
Obras de Dewey, III: <i>Teorías sobre la educación</i>	3.00
José Ortega y Gasset: Cuadernos de Política III: <i>Rectificación de la República</i> . Artículos y discursos	2.50
Homer: <i>La Iliada</i>	2.00
Ad. Ferrière: <i>La educación en la familia</i>	2.25
Ernest Toller: <i>Hinkemann</i> (tragedia). <i>Los destructores de máquinas</i> (drama) ..	3.00
Stefan Zweig: <i>Fouché</i> , retrato de un político	4.25
Historia Breve II: <i>Historia de la República Romana</i> , por Arturo Rosenberg. . .	3.50

Solicítelos al Adr. de Rep. Am.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Estampas

El sable peruano opuesto al libro

= Colaboración directa =

En la sección en sepia de un diario norteamericano aparece la instantánea fotográfica de la ceremonia de juramento del señor Sánchez Cerro. Sobre una mesa entapizada el crucifijo grande y blanco. A cada lado del crucifijo un candelero y su vela de llama inclinada como la cabeza del Cristo. Sentado frente a ese altar un magistrado con la diestra apoyada sobre la Constitución peruana que reposa a los pies del Cristo. El ungido por el voto popular está de pie, cruzado el pecho por la bandera y levantando la mano del juramento. Detrás de él uniformes, chisteras, decoraciones.

Jura, de seguro, como juran todos los que en la América nuestra cogen mando y gobierno, en nombre de Dios y de la Patria. Jura fidelidad a la Constitución, a la arañada e intocable Constitución. Cuánta farsa y cuanto jugar a la democracia. El rito es la máscara que cubre todas las fealdades de nuestros hombres públicos. Mientras tengan una Constitución de qué hablar y en nombre de la cual prometer y comprometer, siguen ufanos el tránsito por el ancho camino del engaño.

Este Presidente divulgado en su acto de juramento constitucional por el periódico yanqui, no tiene el semestre de mando. Y ya anda revuelto el Perú porque él ha dado el cornetazo de exterminio. No quiere que el partido que lo adversó en los comicios quede armado para continuar la batalla por la redención peruana. Tiene que descabezar ese partido por un acto desgraciado y salvaje. Militarote agujereado, este Sánchez Cerro estimula la traición ofreciendo cinco mil soles por Haya de la Torre. Mata el genio que ha podido formar un partido de ideología avanzada y cree así el militar haber sido fiel al juramento constitucional. Para estas mentiras sangrientas juran en presencia de crucifijos los hombres que cogen poder en la América nuestra. Farsa por todos lados. Impostores. Fariseos que pudren la libertad de los pueblos.

Y qué mal ha hecho al Perú Haya de la Torre con haber formado el Partido Aprista? El mal grande de enseñar a un pueblo que ha vivido al nivel del animal doméstico, a pensar, a sentirse capaz para la vida noble. Ha opuesto al sable el libro, la herramienta. Y el sable sale a decapitar, porque es puro instinto. Ve su exterminio en un pueblo que comienza a respirar de frente al sol. Y el instinto que lo tiraniza no le da tregua al exterminio. Haya de la Torre debe caer bajo el sable y para que la empresa homicida no se frustre lanza el sable la oferta de cinco mil soles.

Cómo es que la América nuestra sigue prudente, cómo es que no grita contra el sable peruano? No es un desconocido Haya de la Torre. La América lo ha oído hablándole de sus problemas, de sus verdaderos problemas, con fervor y valentía. No es un desconocido Haya de la Torre. Tiene derecho al reconoci-

miento de los pueblos de esta América tiranizada y explotada por la barbarie que coge mando. Debe por eso salir en su ayuda y decir al sable peruano, que no es distinto del sable venezolano, ni del chileno, ni del salvadoreño, que respete a Haya de la Torre.

Pero nos hacemos ilusiones. Voces perdidas clamarán contra el sable peruano. Después silencio, indiferencia, miedo, cobardía. De estos vicios está llena la América nuestra. Nos encontramos aislados porque el mal peruano no es mal guatemalteco. Qué importa la persecución de los apristas compañeros de Haya de la Torre si en Guatemala se disfruta de tranquilidad? Acaba el sable salvadoreño de hacer una matanza crecida. Por todos los confines diseminó el cable y el radio la noticia: Qué se escuchó como respuesta contra el crimen? La consigna parece ser la de callar. Los pueblos callan. Pero los gobiernos imitan y pronto el sable vecino sale a hacer destrozos y a señalar peligros que justifiquen sus crímenes. Ejemplo terrible. Por qué desentendernos de los problemas de nuestros pueblos, parapetados tras una reflexión mezquina y peligrosa? Cuidado con el aislamiento. Si somos pueblos de un continente estructurados por una geografía sin retazos, mantengámonos vigilantes, interesados en la suerte de todos, que es la suerte común. En el Perú pensamos como pensamos en El Salvador cuando el sable de allá, que también había hecho juramento constitucional, dejó su estuche de hojalata y vació entrañas inocentes. No podemos ser indiferentes a la voz del exterminio dada contra Haya de la Torre y su partido. Recordemos siquiera para darnos cuenta de lo salvaje de la tragedia del Perú, que Haya de la Torre siente amor entrañable por su patria. La ha vinculado a la América nuestra, porque sabe que los problemas son casi los mismos, mejor dicho, porque sabe que sólo hay una América con sus grandes y trascendentales problemas que forman una unidad irrompible. Lo vimos recorriendo estos pueblos, dando conferencias en cada uno de ellos, hablando de la electricidad, del suelo, del subsuelo, de la educación, de la economía. No hablaba de las riquezas y posibilidades del Perú, sino de las riquezas y posibilidades de todos nuestros pueblos acechados y mordidos por la conquista esclavizadora. Lo vimos en actitud valiente, perseguido por gobiernos, expulsado porque su ideología nueva despertaba seguidores y movía a la reflexión. Pues porque en el Perú se enfrentó al sable con su partido Aprista, despertando seguidores y moviendo a la reflexión, el sable lo condena a muerte y paga cinco mil soles por su exterminio. Digamos que el sable quiere exterminar una de las cabezas, uno de los corazones de verdadera grandeza en la América nuestra. Haya de la Torre es un hombre de cultura aplicada a los problemas de estos pueblos. No es un teorizante, no es

un simulador. No es un hombre de talento fugaz entretenido en deslumbrar a los imbéciles. Estos talentos fugaces son ya plaga. Se anidan en hombres incapaces, osados, náufragos. Se aferran al gobierno de las naciones sin ninguna ideología. Quieren seguir en el mando sin renovar nada, como si el mundo hubiera quedado en un estacionamiento mortal esperando a que ellos murieran. Haya de la Torre ha nutrido bien su inteligencia. Conoce que debe oponerse a la bancarrota en que el sable ha sumido a su pueblo. Ha viajado estudiando. Y cuando el Perú presenta la ocasión de hacer a un lado al sable centenario, él con su partido Aprista hace luz en todos los confines peruanos. Pero la reacción viene torrencial. El fraude electoral impide que el Aprismo llegue al gobierno. Sin embargo, el Aprismo no tenía por meta el gobierno que se consuma por el juramento constitucional. Superado en el sufragio fortalece su organización y la nación entera es pronto la unidad estructurada por la ideología aprista.

El sable adivina el mal que se desata contra su vida y entonces decreta el exterminio del Aprismo. Del Congreso han echado a los apristas, los han embarcado y expatriado. Todos los centros de reunión en donde los principios de gobierno fecundo se diseminaban fueron cerrados por el sable. La orden es de acabar con el partido. Y como la cabeza de ese formidable partido seguía pensando, dando vigor a la unidad aprista, el sable ha sustraído del tesoro peruano cinco mil soles para pagar esa cabeza. Terrible iniquidad. Y ocurre allí no más, tan cerca que todos nos damos cuenta y sentimos casi el vaho sangriento que el sable deja cuando asesina. Por cerca nos hacemos los indiferentes y olvidamos que Haya de la Torre no es un facineroso, que el Aprismo no es una banda de canallas dispuesta a coger el gobierno del Perú prestando el juramento constitucional. Olvidamos lo que es Haya de la Torre para la América nuestra. Pasó por estos pueblos dándoles inquietudes para la redención económica y política. Lo sintieron estos pueblos pegado a su corazón anhelante por regularizarles un ritmo de creciente prosperidad. No fué agente de ninguna organización de mercaderes. No vino a pescar concesiones. Trajo su ideología avanzada y la dió con esmero y valentía.

Si todo eso hizo, ¿por qué no recordarlo cuando el sable peruano ha salido a exterminar, a hacer obra de barbarie? El sable con poder atareado en suprimir uno de los hombres de más valía para la América nuestra. El sable con mando persiguiendo a lo mejor de la nación peruana aunado en la gran aspiración de redimir de tanta miseria a un pueblo fuerte. Para sumir a una nación en una tragedia infecunda es para lo que se aferran a la Constitución los hombres públicos de por estos lados. Viven del rito, porque el rito es estéril. Vidas sin genio creador tienen que revestirse de farsa. Tienen que pedir el exterminio de lo que construya, de lo que aporte luz. Y si los pueblos nada dicen cuando el sable mata ¿qué les estará reservado?

Juan del Camino

Carlago y marzo del 32

años, la literatura rusa, sobre todo Dostoievski.

Siempre de usted affmo. amigo y compañero.—F. García Calderón.

De MANUEL UGARTE:

1º Si tuviera que limitarme a media docena de libros me quedaría con Las Bases de Alberdi, los Capítulos de Montalvo, los Discursos de Martí, el Mirador de Próspero de Rodó, Prosas Profanas de Darío y Poesías Completas de Chocano.

2º A pesar de sus apasionamientos políticos y sus arbitrariedades gramaticales, la obra más original a mi juicio, es el Facundo de Sarmiento.

3º Era lógico que el colonialismo político y económico de nuestra América se reflejase en la vida intelectual. Acostumbrados a pedir al extranjero los empréstitos, las manufacturas y hasta las noticias sensacionales del día, algunos creyeron poder solicitar también las ideas, las inspiraciones y las formas de expresión, dando lugar a cálculos involuntarios, o transposiciones nebulosas que anunciaron tendencias al parasitismo mental. Mucho habrá que podar en la producción de los últimos treinta años. Las literaturas que en este sentido dejaron un surco más grande fueron la francesa, la italiana, la inglesa. Hoy se acentúa en las nuevas generaciones la reacción que tiende a buscar fuentes de inspiración en las emociones directas, en el propio temperamento, en el alma de la raza. Abierta a los vientos universales, pero con hondas raíces en el terruño, no ha de tardar en imponerse la verdadera literatura autóctona.

Con mis recuerdos cordiales.—Manuel Ugarte.

De AUGUSTO D'HALMAR:

Madrid, febrero 8 de 1926.

Distinguido colega: Paso a contestar la encuesta que usted me ha hecho el honor de dirigirme, con fecha 25 ppdo.

1º Enumerar dentro de nuestra literatura, cinco o seis buenos libros completos, me sería difícil, ya que no me es siquiera fácil encontrar cuatro o cinco autores que me satisfagan. Y si nombro a José Asunción Silva, Rubén, Amado, Ricardo Palma, los saborearé dispersos a lo largo de toda su obra.

2º ¿Una obra genuina? Dentro del castellano y por su aporte idiomático y de modernas sensibilidades, seguramente Darío. Creo, además, que los americanos no contribuiremos sino con una que otra novedad pintoresca, de paisaje, tipo o acción; pero, como sentimiento y pensamiento, con nada que diste mucho de Europa, cuya herencia es nuestra. A la postre y en cualquier parte, la única originalidad estriba en tener genio.

3º Todas las literaturas se entreinfluyen recíprocamente. Sobre la nuestra Hispano-Americana,—caso que exista,—la que más fundamental e innatamente ha podido influir, ha sido, como es natural, la española (cosa que estaríamos dispuestos a negar). Y hoy por hoy nuestra originalidad consiste en bajarla con la francesa, la rusa y hasta la escandinava.

Aprovecho para reiterarme incondicionalmente a sus órdenes, atto. S. S.—Augusto d'Halmar.

La segunda y última parte de este cuestionario seguirá en la entrega próxima.

tivas enviadas a nosotros a través de los espacios infinitos, manda a sus hermanos llamamientos fraternos. Confiado, tranquilo y optimista, aguarda la respuesta. Por eso ha colocado en el escudo de su Universidad la divisa simbólica: Por mi raza hablará el espíritu.

La fiesta que hoy se llama de la raza y que más propiamente debería denominarse Fiesta de la Cultura Hispánica, es todavía y a pesar de todo, la expresión de un deseo colectivo, de una aspiración unánime. Será una realidad esplendorosa el día que se ensanche y reforme con toda valentía nuestro menguado concepto de un nacionalismo estrecho y separatista; cuando en vez de sentirnos celosos los unos de los otros, mantengamos un ideal de fusión espiritual, jurídica y económica; cuando consideremos como conquista familiar y bien común lo que cada uno de nuestros pueblos persigue y alcanza; cuando nuestro progreso y nuestra cultura que ya también empezamos a crearla—nos pertenezcan un poco a la manera con que el catolicismo entiende la comunión de los santos, es decir, que todos tengamos parte en los bienes de los otros como miembros de un mismo cuerpo. Mientras subsistan en nuestra colectividad odios de fronteras, celebración de aniversarios por victorias bochornosas, y celos insensatos por mayor preeminencia en ferrocarriles, comercio o densidad de población, fundados en estadísticas falaces, urdidas como anuncios de mercaderías averiadas; mientras no sintamos el triunfo en cada pueblo de Hispanoamérica como nuestro propio triunfo y su injuria como injuria propia; mientras despojos y atentados de los poderosos cometidos contra países indefensos, nos dejen indiferentes; mientras en una pequeña patria de Centro América haya una voz que clame, como voz en el desierto, buscando inútilmente el eco de sus hermanos en favor de su independencia ofendida, todos los esfuerzos del hispanoamericanismo se verán frustrados. Vanos serán también todos los intentos en favor de tan noble causa mientras no vivamos en compañerismo fraterno de organización social y de construcción jurídica. Coincidiendo con un hispanoamericanista ilustre, pienso que nada podrá lograrse en definitiva, que nuestra confusión internacional será mayor que la de las lenguas, mientras nos distancie un falso concepto de libertad.

Los pueblos hermanos por la cultura y por la lengua, a pesar del pesimismo de la hora, comienzan a estar juntos. Arrojemus hacia adelante en la blanca y luminosa ruta de la vida, la dorada poema de nuestro destino común y corramos tras ella, con el ansia de nuestros ojos, con la codicia de nuestras manos y con la fiebre de nuestra juventud indomable. Cualquiera de estos pueblos que sea el primero en darle alcance, nos transformará colectivamente en vencedores. Así, dueños del glorioso trofeo, cerraremos la boca a la ironía aviesa y a la maledicencia emponzoñada que propalan a los cuatro vientos que solemnidades como la presente son plegarias dirigidas a una falsa divinidad en un templo vacío y ante un ara desierta.

Enrique González Martínez

En la fiesta de la Cultura Hispánica

(Viene de la página 136)

procedimiento. Cuando menos, pidamos que no haya dos pesas y dos medidas: una para las luchas de los viejos continentes y otra para las agitaciones americanas.

Repito que empezamos a conocernos. Los pueblos que somos hijos de España no la admiramos únicamente en su pasado esplendoroso sino hoy muy especialmente en su renovación que se inicia y que ha de forjarse muy en breve a pesar de las crisis aparentemente dissociadoras que hayan surgido y puedan surgir en su seno. Ella también nos mira con el interés de siempre ya que, como una afirmación de lo dicho antes sobre fronteras políticas y sobre nexos espirituales, España no ha salido nunca de nuestros corazones, ni hemos dejado de ser para ella los hijos de su alma y de su sangre. La civilización cosmopolita ha acrecentado nuestro patrimonio; pero la herencia materna no ha sido enajenada y es ella el núcleo de atracción de lo que hasta cierto punto nos es extraño. Contamos con España y ella cuenta y seguirá contando siempre con nosotros a riesgo de empequeñecerla o debilitarnos. En cuanto a lo que directamente atañe a estos pueblos hispanos de América, es bueno comprender que no lo tenemos todo con nuestra riqueza económica. Los pueblos, como los hombres, no viven sólo de pan, y debemos recordar que junto al oro y la

plata, los nitratos y el petróleo, la ganadería y la agricultura hacia los cuales tienden ávidamente la mano pueblos empobrecidos y casi hambrientos, tenemos una opulencia espiritual que puede pesar en el mundo. Pensemos un poco en nuestros sabios y en nuestros artistas, en nuestros iluminados y en nuestros apóstoles, y que nos enorgullecen sus triunfos de igual modo que nos aprovechan sus conquistas, lo mismo en la República Española que desde el río Bravo hasta el punto más austral de América, porque aquí no hay nacionalismos que se opongan ni fronteras que lo impidan. Pensemos también en la gran fuerza asimiladora de que son noble ejemplo muchos países americanos, cuyo hispanismo no se amengua, antes crece con la contribución de razas disímiles. Y tengamos fe, una fe inmensa en nuestro destino, una fe que surja de nuestra propia conciencia. Seamos idealistas, hoy que el mundo torna de nuevo al culto del ideal, después del fracaso estupendo de normas que parecían inquebrantables y que se derrumbaron porque las mantenía en pie el interés y no las apoyaba la justicia.

México ha tomado en serio su deber de crear y estrechar vínculos con las naciones hermanas. Ha tiempo que a la manera de esos signos misteriosos en que los exploradores del cielo descubren algún planeta y que son acaso señales fur-

